

Contenido

Págs.

Traducción
OSCAR MARGENET
Diseño de portada
EL CUBRI

Primera impresión. Mayo 1978
Segunda impresión. Noviembre 1978
Tercera impresión. Junio 1979
Cuarta impresión. Marzo 1981
Quinta impresión. Marzo 1982
Sexta impresión. Abril 1983
Séptima impresión. Mayo 1984
Octava impresión. Enero 1986
Novena impresión. Diciembre 1987
Primera reimpresión. Noviembre 1990
Segunda reimpresión. Agosto 1994

Título original: SMALL IS BEAUTIFUL
© 1973 E. F. Schumacher
© 1978 HERMANN BLUME
© 1990 TURSEN, S. A. - HERMANN BLUME EDICIONES
Mazarrudo, 4, 5.º B. 28005 Madrid. Tel. 366 71 48. Fax 365 31 48
Reservados todos los derechos
ISBN: 84-87756-03-4
Depósito legal: M. 23.982/1994
Impreso por Mateu Cromo, S. A. Pinto (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Prefacio 7

Parte I. EL MUNDO MODERNO

1. El Problema de la Producción 13
2. Paz y Permanencia 21
3. El Papel de la Economía 35
4. La Economía Budista 45
5. Un Problema de Tamaño 53

Parte II. RECURSOS

6. El Mayor Recurso: la Educación 67
7. El Uso Apropriado de la Tierra 87
8. Recursos para la Industria 101
9. La Energía Nuclear: ¿Salvación o Condena? 117
10. Una Tecnología con Rostro Humano 129

Parte III. EL TERCER MUNDO

11. El Desarrollo 143
12. Problemas Sociales y Económicos que demandan el Desarrollo de la Tecnología Intermedia 149
13. Dos Millones de Aldeas 165
14. El Problema del Desempleo en la India 177

Parte IV. ORGANIZACION Y PROPIEDAD

15. ¿Una Máquina para Predecir el Futuro?	191
16. Hacia una Teoría de la Organización de Gran Escala,	207
17. El Socialismo	219
18. La Propiedad	225
19. Nuevas Formas de Propiedad	235
Epílogo	253
Notas y Reconocimientos	257

Apéndice. LO PEQUEÑO ES POSIBLE

Introducción	265
El trabajo actual del Grupo para el Desarrollo de la Tecnología Intermedia	267
Una Red Internacional	285
Lo Pequeño es Posible	297
Bibliografía	307

Prefacio

Los sucesos analizados en los ensayos de este libro se han acelerado durante los últimos seis meses con tal rapidez que aún desconcierta a quienes mucho tiempo atrás los habían anticipado. La llamada crisis del petróleo no es una crisis en el sentido ordinario de este trillado término, sino un hilo en la historia del mundo moderno, largo tiempo esperada, se podría decir, pero no obstante difícil de aceptar. ¿Reforzará la influencia de los que defienden el "retorno al hogar" o la de los que preconizan la "huída hacia delante"? ¿Nos ayudará a librarnos del gigantismo y de la violencia o nos conducirá más profundamente a esas aberraciones? ¿Vamos a seguir aferrándonos a un estilo de vida que crecientemente vacía al mundo y desvasta a la naturaleza por medio de su excesivo énfasis en las satisfacciones materiales, o vamos a emplear los poderes creativos de la ciencia y de la tecnología, bajo el control de la sabiduría, en la elaboración de formas de vida que se encuadren dentro de las leyes inalterables del universo y que sean capaces de alentar las más altas aspiraciones de la naturaleza humana? Estas son las preguntas que deberían haber ocupado nuestra atención durante muchas décadas en el pasado y que ahora están planteadas muy claramente, por no decir brutalmente.

Las recientes acciones de los países productores de petróleo han dramatizado la situación, pero de ninguna manera la han creado. Tal como escribía algunos años atrás y repito en el capítulo 8 de este libro: "El interés real a largo plazo para *ambos*, los países exportadores y los países importadores de petróleo, exige que la "vida útil" del petróleo se prolongue tanto como sea posible. Los primeros necesitan tiempo para desarrollar fuentes alternativas de vida, y los últimos lo necesitan para ajustar sus economías dependientes del petróleo a una situación que ha de surgir dentro de la expectativa de vida de la mayoría de la gente que hoy está viva, cuando el petróleo sea más escaso y mucho más caro. El peligro mayor para ambos es la continuación de un rápido crecimiento de la producción y el consumo del petróleo en todo el mundo. Los desarrollos catastróficos en el frente petrolero podrían ser evitados sólo si la *armonía básica de los intereses a largo plazo de ambos grupos de naciones* viniera a ser algo totalmente real

y una acción concertada se llevara a cabo para estabilizar y reducir gradualmente el flujo anual de consumo de petróleo.

Hay optimistas que proclaman que "todos los problemas tienen solución", que las crisis del mundo moderno no son nada más que problemas de principiantes en el camino hacia una opulenta madurez. Hay pesimistas que hablan de una inevitable catástrofe.

Lo que necesitamos son optimistas que estén totalmente convencidos que la catástrofe es ciertamente inevitable salvo que nos *acordemos de nosotros mismos*, que recordemos quiénes somos: una gente peculiar destinada a disfrutar de salud, belleza y permanencia; dotada de enormes dones creativos y capaz de desarrollar un sistema económico tal que la "gente" esté en el primer lugar y la provisión de "mercancías" en el segundo. La provisión de mercancías, sin duda, se cuidará entonces de sí misma.

Esto costará mucho trabajo a través de tareas nuevas, experimentales y placenteras.

La gente optimista de la que hablamos, sin embargo, no ha temido nunca el trabajo.

24 de Enero de 1974

E.F.S.

"Muy poca gente puede contemplar los logros de la energía práctica y de la habilidad técnica sin experimentar alegría, ya que aquellas, desde la última parte del siglo dieciséis, transformaron el rostro de la civilización material, de la cual Inglaterra fue la más audaz —aunque no demasiado escrupulosa— pionera. No obstante, si las ambiciones económicas son buenas sirvientes, resultan malas maestras.

Los hechos más obvios son fácilmente olvidados. Tanto el orden económico existente como los numerosos proyectos propuestos para reconstruirlo se desvanecen por su olvido de este axioma: dado que todos los hombres tienen alma, ningún incremento en su riqueza les ha de compensar por los planes que ofenden el respeto que tienen de sí mismos y disminuyen su libertad. Si no se desea que la industria tenga que paralizarse por las continuas protestas de una naturaleza humana injuriada, una organización económica razonablemente calculada debe permitir la satisfacción de aquellos criterios que no son puramente económicos."

R.H. Tawney

Religion and the Rise of Capitalism

"En su totalidad, nuestro problema actual se refiere a actitudes e instrumentos. Estamos remodelando la Alhambra con una pala mecánica y estamos orgullosos de nuestro rendimiento. Difícilmente debemos abandonar la pala que, después de todo, tiene muchos aspectos positivos; pero tenemos la necesidad de criterios objetivos más humanos para su correcto uso."

Aldo Leopold

A Sand County Almanac

Parte I

EL MUNDO MODERNO

1

El Problema de la Producción

Uno de los más funestos errores de nuestra época consiste en creer que "el problema de la producción" se ha resuelto. Esta creencia no está arraigada solamente en la gente que no tiene nada que ver con la producción (y por lo tanto sin contacto profesional con los hechos) sino que también es sostenida virtualmente por todos los expertos, los magnates de la industria, los que dirigen la economía de los gobiernos del mundo, los economistas académicos (y los no tan académicos), por no mencionar a los periodistas económicos. Todos ellos pueden no estar de acuerdo en muchas cosas, pero en lo que sí están de acuerdo es en que el problema de la producción se ha solucionado, en que la especie humana es, por fin, mayor de edad. Para las naciones ricas, dicen, la más importante tarea hoy día es "la educación para el esparcimiento" mientras que para las naciones pobres lo es la "transferencia de tecnología".

Que las cosas no estén marchando como debieran debe atribuirse a la inmoralidad humana. La solución es construir un sistema político tan perfecto, que la inmoralidad humana desaparezca y cada uno se comporte bien, no importa cuán immoral sea por dentro. Se acepta como un hecho que cada uno nace bueno, que si uno se transforma en criminal o en explotador se debe a defectos del "sistema". Sin ninguna duda el "sistema" es malo en muchos aspectos y debe ser cambiado. Una de las principales razones por las que el sistema es malo, y a pesar de ello sobrevive, es esta opinión errónea de que "el problema de la producción se ha solucionado". Como todos los actuales sistemas están impregnados por este error, no queda mucho para elegir entre ellos.

El surgimiento de este error, tan flagrante como firmemente arraigado, está estrechamente vinculado a los cambios filosóficos, por no decir reli-

giosos, en la actitud del hombre hacia la naturaleza en los últimos tres o cuatro siglos. Tal vez debería decir: la actitud del hombre *occidental* hacia la naturaleza. Pero dado que todo el mundo está sufriendo un proceso de occidentalización, la afirmación más general parece justificada. El hombre no se siente parte de la naturaleza sino más bien como una fuerza externa destinada a dominarla y conquistarla. Aún habla de una batalla contra la naturaleza olvidándose que, en el caso de ganar, se encontraría él mismo en el bando perdedor. Hasta hace poco la batalla parecía ir lo bastante bien como para darle la ilusión de poderes ilimitados, pero no tan bien como para permitirle vislumbrar la posibilidad de la victoria total. Esta es ahora evidente y mucha gente, aunque sólo sea una minoría, está comenzando a comprender lo que ello significa para la continuación de la existencia de la humanidad.

La ilusión de poderes ilimitados, alimentada por los asombrosos adelantos científicos y técnicos, ha producido como consecuencia la ilusión de haber resuelto el problema de la producción. Esta ilusión está basada en la incapacidad para distinguir lo que es renta y lo que es capital, justo donde esta distinción importa más. Todo economista y hombre de negocios está familiarizado con esta distinción y la aplica conscientemente y con considerable sutileza en todos los asuntos económicos, salvo donde ella es realmente importante: allí donde se trata del capital irremplazable que el hombre no ha creado sino simplemente descubierto y sin el cual nada puede hacer.

Un hombre de negocios no considerará que una determinada empresa ha resuelto sus problemas de producción y llegado a ser viable, si comprueba que la misma está consumiendo rápidamente su capital. ¿Cómo podríamos descuidar este hecho tan vital cuando se trata de la economía de esta empresa realmente grande, la Nave Espacial Tierra y, en particular, de la de sus valiosos pasajeros?

Una explicación razonable del por qué del descuido de un hecho tan vital es que nos hemos alejado de la realidad e inclinado a pensar que todo aquello que no hemos hecho nosotros mismos es algo sin valor. Inclusive el propio Dr. Marx cayó en este lamentable error cuando formuló la denominada "teoría del valor trabajo". Ahora bien, es obvio que hemos trabajado para generar parte del capital que nos ayuda a producir (v.g. una amplia base de conocimiento científico-técnico y de otro tipo; una elaborada infraestructura física; innumerables formas de sofisticado equipo de capital, etc.) Pero todo esto no es sino sólo una pequeña parte del capital total que estamos empleando. El capital proporcionado por la Naturaleza es mucho más importante que el aportado por el hombre. Y nosotros no

reconocemos este hecho. Esa mayor proporción que nos da la Naturaleza está siendo usada a un ritmo alarmante; por esto es un error absurdo y suicida actuar sobre la creencia de que el problema de la producción se ha resuelto.

Observemos más de cerca este "capital natural". Antes que nada y para comenzar por lo más obvio tenemos los combustibles fósiles. Estoy seguro que nadie negará que estamos tratando esos combustibles como si fueran artículos de renta a pesar de ser, innegablemente, bienes de capital. Si los tratásemos como bienes de capital nos preocuparíamos de su conservación, haríamos cualquier cosa que estuviera al alcance de nuestra mano para minimizar su actual tasa de consumo. Podríamos decir, por ejemplo, que el dinero obtenido por la venta de estos valiosos bienes —bienes irremplazables— debería destinarse a un fondo especial dedicado exclusivamente al desarrollo de métodos de producción y sistemas de vida que no dependan para nada de los combustibles fósiles o que dependan de ellos sólo en una pequeña proporción. Esta y muchas otras cosas deberíamos hacer si tratásemos a los combustibles fósiles como capital y no como renta. No sólo no hacemos ninguna de ellas, sino que hacemos exactamente lo contrario; no nos interesa para nada la conservación y estamos maximizando en lugar de minimizar el ritmo del consumo. Estamos lejos de interesarnos en estudiar las posibilidades de métodos alternativos de producción y de formas de vida, a fin de poder salir de la pendiente por la que nos deslizamos a una velocidad cada vez mayor. Habíamos alegremente de ilimitados progresos siguiendo los caminos trillados de "educación para el esparcimiento" en los países ricos y de "transferencia de tecnología" en los países pobres.

La liquidación de estos bienes de capital continúa tan rápidamente que, aún en el país considerado como el más rico del mundo, los Estados Unidos de Norteamérica, hay muchos hombres preocupados, con puestos de responsabilidad en la Casa Blanca, pidiendo una conversión masiva de carbón a petróleo y gas, o demandando aún mayores esfuerzos para investigar y explotar los tesoros de la tierra que quedan. Observen las cifras que se prevén bajo el título: "Requerimientos mundiales de combustible para el año 2000". Ahora estamos usando el equivalente de algo así como 7.000 millones de toneladas de carbón y dentro de 28 años las necesidades serán tres veces mayores: ¡Alrededor de 20.000 millones de toneladas! ¿Qué son 28 años? Si miramos atrás, nos llevarían al mundo inmediatamente posterior a la segunda guerra mundial y, por supuesto, desde entonces el consumo de combustible se ha triplicado. No obstante ese aumento representó un incremento equivalente a menos de 5.000 millones de toneladas de carbón. Ahora hablamos tranquilamente de un incremento que es tres veces

más grande. La gente se pregunta: ¿Podrá lograrse? La respuesta es: Debe hacerse y por lo tanto se hará. Se podría decir (con perdón de John Kenneth Galbraith) que éste es el caso del hombre amable guiando al ciego; pero ¿para qué levantar calumnias? Ocurre que la pregunta misma está mal planteada, porque implícitamente asume nuestro tratamiento de esos bienes como si fueran renta y no capital. ¿Por qué el año 2000? ¿Por qué no el año 2028, cuando los niños que hoy están jugando estarán haciendo planes para jubilarse? ¿Habrá otro aumento de tres veces entonces? Cuando comprendamos que estamos tratando con capital y no con renta, todas estas preguntas y respuestas se volverán absurdas, ya que los combustibles fósiles no están hechos por el hombre, no pueden ser reciclados. Cuando se terminen, ¡se terminaron para siempre!

Podrán preguntarse: ¿Qué hay entonces de los combustibles denominados "de renta"? Pues bien, ¿qué hay acerca de ellos? Actualmente contribuyen con menos del 4 por ciento (calculado en calorías) del total mundial. En un futuro cercano tendrán que contribuir con el 70, 80 ó 90 por ciento. Hacer algo a pequeña escala es una cosa, hacerlo a una escala gigantesca es algo muy diferente. Para hacer impacto en el problema del combustible en el mundo, las contribuciones tienen que ser realmente formidables. ¿Quién dirá que el problema de la producción se ha resuelto, cuando se trata de combustibles de renta requeridos a una escala verdaderamente gigantesca?

Los combustibles fósiles son una parte del "capital natural", aunque nosotros insistamos en tratarlos como si fueran de consumo corriente, como si fueran una renta y nunca como si fueran la parte más importante de ese capital natural. Si despilfarramos nuestros combustibles fósiles amenazamos la civilización, pero si despilfarramos el capital representado por la vida natural que nos rodea, amenazamos la vida misma. La gente está desperdiciando a la realidad de esta amenaza y demanda que la contaminación sea detenida. Piensan que la contaminación es más bien un hábito desagradable practicado por irresponsables o desaprensivos quienes, valga la imagen, tiran la basura por encima de la cerca del jardín del vecino. Una conducta más civilizada, concluyen, significará costes extras y por lo tanto necesitamos un ritmo de crecimiento económico más rápido para estar en condiciones de afrontarlos. De ahora en adelante, dicen, debiéramos usar por lo menos algunos de los frutos de nuestra creciente productividad, para elevar el "nivel de vida" y no solamente incrementar el consumo. Todo esto está bien, pero sólo toca la superficie del problema.

Para llegar al corazón del mismo asunto, haríamos bien en preguntarnos: ¿Por qué será que todos estos términos: contaminación, medio am-

biente, ecología, etc., *de pronto* se han transformado en términos de actualidad. Después de todo hemos tenido un sistema industrial durante bastante tiempo y aun así estas palabras eran virtualmente desconocidas cinco o diez años atrás. ¿Será esto un entusiasmo pasajero e inesperado, una estúpida moda o tal vez una repentina falta de entusiasmo?

No es difícil encontrar una explicación. De la misma manera que sucede con los combustibles fósiles, hemos estado viviendo del capital de la naturaleza viva por bastante tiempo y a un coste bastante modesto. Desde finales de la segunda guerra mundial, sin embargo, nos ingenuamos en elevar este costo a proporciones alarmantes. Si las comparamos con lo que ocurre ahora y con lo que ocurrió en el último cuarto de siglo, todas las actividades industriales del hombre hasta la segunda guerra mundial inclusive, son insignificantes. Tomando el mundo en su conjunto, parece que en los próximos cuatro o cinco años veremos más producción industrial que toda la lograda por la humanidad hasta 1945. En otras palabras, muy recientemente —tan recientemente que la mayoría de nosotros apenas si ha tomado conciencia de ello— se ha operado un salto cuantitativo excepcional de la producción industrial.

También ha habido un salto cualitativo de excepción, en parte como causa y también como efecto de lo anterior. Nuestros científicos y técnicos han aprendido a elaborar substancias desconocidas por la naturaleza. La naturaleza está prácticamente indefensa frente a muchas de estas substancias. No hay ningún agente natural que las ataque y las descomponga. Es como si ciertos aborígenes fueran de repente atacados con fuego de ametralladora: sus arcos y flechas no les servirían de nada. Estas substancias desconocidas para la naturaleza deben su efectividad casi mágica al hecho de que aquélla se encuentra indefensa. Y de ahí también su peligroso impacto en la ecología. Desde hace apenas unos veinte años esas substancias aparecieron en *grandes cantidades*. Como no tienen enemigos naturales tienden a acumularse y, en consecuencia, a largo plazo estas acumulaciones, en muchos casos, se convierten en extremadamente peligrosas. En otros casos su efecto es totalmente imprevisible.

En otras palabras, los cambios de los últimos veinticinco años en la calidad y cantidad de nuestros procesos industriales han producido una situación totalmente nueva. Situación que es el resultado no de nuestros fracasos precisamente, sino de los que nosotros suponíamos que eran nuestros más grandes éxitos. Y todo esto ha sobrevenido tan de repente que apenas si nos percatamos de que estamos consumiendo velozmente un tipo de bienes de capital irremplazables, los llamados *márgenes de tolerancia*, que la bondadosa naturaleza siempre mantiene en reserva.

Permítaseme volver ahora al problema de los "combustibles de renta" al que he aludido previamente de una manera algo caballescra. Nadie está sugiriendo que el sistema industrial universal, que se supone estará operando en el año 2000, o sea dentro de una generación, estará alimentado básicamente con fuerza motriz producida por el agua o el viento. Por el contrario, se nos dice que estamos entrando en la era nuclear. Esta ha sido la creencia durante bastante tiempo (más de veinte años) y aún así la contribución de la energía nuclear a las necesidades energéticas y de combustibles del hombre es todavía minúscula. En 1970 representó el 2,7 por ciento en Gran Bretaña, el 0,6 por ciento en la Comunidad Europea y el 0,3 por ciento en los Estados Unidos de Norteamérica, para mencionar sólo los países que se encuentran a la cabeza. Tal vez podríamos pensar que los márgenes de tolerancia de la naturaleza estarán en condiciones de absorber tan pequeñas cargas, a pesar de lo cual hay mucha gente profundamente preocupada hoy en día, como el Dr. Edward D. David, Consejero Científico del ex Presidente Nixon, quien hablando acerca del almacenamiento de desechos radioactivos dice: "A uno le vienen náuseas de pensar que algo deba permanecer enterrado y bien sellado por 25.000 años antes de que sea inofensivo".

De cualquier manera, la cuestión que quiero establecer es muy simple: la propuesta de reemplazar cada año miles de millones de toneladas de combustibles fósiles por energía nuclear significa "resolver" el problema del combustible creando un problema ambiental y ecológico de una magnitud tan monstruosa que el Dr. David no será el único al que le vengan náuseas. Significa resolver un problema mandándolo a otra esfera, creando un nuevo problema infinitamente más grande.

Una vez dicho esto, estoy seguro de que me voy a enfrentar con otra afirmación aún más osada, es decir, que los científicos y técnicos del futuro serán capaces de crear normas y precauciones de tal perfección en cuanto a la seguridad, que el uso, transporte, procesamiento y almacenamiento de cantidades siempre crecientes de materiales radioactivos será algo enteramente seguro. También que los políticos y científicos sociales estarán abocados a la tarea de crear una sociedad mundial en la que las guerras y los disturbios civiles jamás puedan ocurrir. Esta es, otra vez, el intento de resolver un problema mandándolo a otra esfera, en este caso a la esfera de la conducta del hombre. Y esto nos lleva a la tercera categoría de "capital natural", el mismo que despilfarramos sin solución de continuidad porque lo consideramos una renta, como si fuera algo que nosotros mismos hemos creado y pudiéramos reponer fácilmente apelando a nuestra alabada y crecientemente productividad.

¿No es acaso evidente que nuestros métodos actuales de producción están carcomiendo la substancia misma del hombre moderno? Para mucha gente, sin embargo, esto no es en absoluto evidente. Ahora que hemos solucionado el problema de la producción, dicen, ¿cuándo estuvimos mejor que ahora? ¿No estamos acaso mejor alimentados, mejor vestidos y mejor alojados que nunca—inclusive mejor educados—? Por supuesto que sí, que la mayoría de nosotros lo estamos, pero de ninguna manera todos, sino los que vivimos en los países ricos. Pero esto no es lo que quiero decir cuando empleo la palabra substancia. La substancia del hombre no puede ser medida por el Producto Nacional Bruto (PNB). Tal vez no pueda medirse de ninguna otra manera, salvo por ciertos síntomas de desviaciones. Sin embargo, éste no es el lugar apropiado para analizar las estadísticas de síntomas tales como el crimen, el uso de drogas, el vandalismo, el desequilibrio mental, la rebeldía, etc. Las estadísticas jamás prueban nada.

Comencé diciendo que unos de los más funestos errores de nuestra época es la creencia de que el problema de la producción está solucionado. Esta ilusión, sugería, se debe principalmente a nuestra incapacidad para reconocer que el sistema industrial moderno, con toda su sofisticación intelectual, consume las bases mismas sobre las cuales se ha levantado. Para usar el lenguaje de los economistas, el sistema vive de capital irremplazable al que alegremente se lo considera una renta. Especifiqué tres categorías para tal capital: los combustibles fósiles, los márgenes de tolerancia de la naturaleza y la substancia humana. Inclusive si algunos de mis lectores rehusaran aceptar las tres partes de mi argumento, sugeriría que cualquiera de las tres es suficiente para corroborar mi tesis.

¿Y cuál es mi tesis? Simplemente, que nuestra más importante tarea es salir de la pendiente por la que nos deslizamos. ¿Y quién puede emprender tal tarea? Pienso que cada uno de nosotros, sea viejo o joven, fuerte o débil, rico o pobre, influyente o no. Hablar del futuro sólo es útil cuando conduce a la acción *ahora*. ¿Qué es lo que podemos hacer *ahora* si todavía estamos insistiendo en la postura del ¿cuándo estuvimos mejor que ahora? Por lo menos, que ya es decir mucho, debemos entender el problema en su totalidad y comenzar por ver la forma en que se puede desarrollar un nuevo estilo de vida, con nuevos métodos de producción y nuevas pautas de consumo, un estilo de vida diseñado para la permanencia. Daré sólo tres ejemplos preliminares: en agricultura y horticultura podemos interesarnos en el perfeccionamiento de métodos de producción que sean biológicamente sanos, en el mejoramiento de la fertilidad del suelo y en producir salud, belleza y solidez. Entonces la productividad se cuidará a sí misma. En la industria podemos interesarnos en la evolución de la tecnología de peque-

ña escala, relativamente no violenta, "tecnología con rostro humano", de modo que la gente tenga oportunidad de disfrutar mientras trabaja, en lugar de trabajar sólo para recibir el sobre con su salario y esperar el momento del esparcimiento para poder disfrutar, esto último no siempre con mucha convicción, por otra parte. En la industria, también, porque sin duda la industria es una suerte de marca-pasos de la vida moderna, podemos interesarnos en nuevas formas de asociación entre administración y trabajadores, inclusive en nuevas formas de propiedad común.

A menudo oímos decir que estamos entrando en la era de la "sociedad educada". Esperemos que esto sea cierto. Todavía tenemos que aprender a vivir en paz no sólo con nuestros vecinos sino también con la naturaleza y sobre todo con los Altos Poderes que han creado la Naturaleza y a nosotros mismos, porque, sin duda, nosotros no hemos aparecido por accidente, ni tampoco nos hemos creado a nosotros mismos.

Los temas que han sido apenas tocados en este capítulo deberán ser desarrollados a medida que sigamos adelante. Poca gente se convencerá fácilmente de que al desafío del futuro del hombre no se le puede hacer frente con ajustes marginales aquí y allá o, quizá, cambiando el sistema político.

El siguiente capítulo es una tentativa de mirar otra vez la situación general desde el punto de vista de la paz y la permanencia. Ahora que el hombre ha adquirido los medios físicos de autodestrucción, la cuestión de la paz cobra caracteres sobresalientes como nunca antes en la historia de la humanidad. ¿Cómo podría construirse la paz sin alguna seguridad de permanencia en relación a nuestra vida económica?

2 Paz y Permanencia

Una creencia moderna muy en boga considera a la prosperidad universal como el fundamento más seguro de la paz. Se puede buscar en vano alguna evidencia histórica que demuestre que los "ricos" han sido regularmente más pacíficos que los pobres, pero entonces se podría argumentar que ellos nunca se sintieron seguros frente a los "pobres"; que su agresividad surgió del temor y que la situación sería bien distinta si todos fuéramos "ricos". ¿Por qué debe un "rico" ir a la guerra? El no tiene nada que ganar. ¿No son los "pobres", los explotados, los oprimidos, quienes parecen destinados a la guerra, dado que no tienen nada que perder aparte de sus cadenas? El camino de la paz, dicen, es el camino de la riqueza.

Esta creencia moderna tiene una atracción casi irresistible ya que sugiere que cuanto más rápido se obtenga un objeto deseado, con mayor seguridad se obtiene el próximo. Es doblemente atractiva porque evita completamente la cuestión ética, no hay necesidad de renuncia o sacrificio, todo lo contrario. Tenemos a la ciencia y a la tecnología para ayudarnos a lo largo del camino hacia la paz y la prosperidad, y todo lo que se necesita es que no nos comportemos tontamente, irracionalmente, lacerando nuestra propia carne. El mensaje a los "pobres" y descontentos es que no se debieran impacientar o matar a la gallina que sin duda, a su debido tiempo, pondrá huevos de oro también para ellos. Y el mensaje a los "ricos" es que debieran ser lo suficientemente inteligentes como para ayudar a los pobres de vez en cuando, porque ésta es la forma por la cual llegarán a ser más "ricos" todavía.

Gandhi acostumbraba a hablar con desprecio de "soñar con sistemas tan perfectos en que nadie necesita ser bueno". Sin embargo, ¿no es precisamente este sueño el que podemos hacer ahora realidad con nuestros ma-

ravillosos poderes de la ciencia y la tecnología? ¿Por qué exigir virtudes que el hombre nunca podría adquirir, cuando todo lo que se necesita es racionalidad científica y competencia técnica?

En lugar de escuchar a Gandhi, pareciera que estuviéramos más inclinados a escuchar a uno de los más influyentes economistas de nuestro siglo, el célebre Lord Keynes. En 1930, durante la depresión económica mundial, él se sintió impulsado a teorizar sobre las "posibilidades económicas de nuestros nietos" y concluyó que no estaría muy lejos el día en que todo el mundo sería "rico". Entonces, dijo Keynes, "nosotros valoraremos otra vez los fines más que los medios y preferiremos lo bueno a lo útil".

"Pero, ¡cuidado!", continuó diciendo, "la hora para todo esto no ha llegado todavía. Por lo menos durante otros 100 años debemos simular ante nosotros mismos y ante cada uno que lo bello es sucio y lo sucio es bello, porque lo sucio es útil y lo bello no lo es. La avaricia, la usura y la precaución deben ser nuestros dioses por un poco más de tiempo todavía. Porque sólo ellos pueden guiarnos fuera del túnel de la necesidad económica a la claridad del día".

Esto se escribió hace 40 años y desde entonces, por supuesto, los acontecimientos se han acelerado considerablemente. Puede ser que ya no tengamos que esperar otros 60 años hasta que se obtenga la prosperidad universal. En todo caso, el mensaje keynesiano es suficientemente claro: ¡Atención! Las consideraciones éticas no son meramente irrelevantes, son en realidad un impedimento, "porque lo sucio es útil y lo bello no lo es". La hora de la belleza aún no ha llegado. El camino hacia el cielo está pavimentado con malas intenciones.

Voy a considerar ahora esta afirmación. Puede dividírsela en tres partes:

Primero: Que la prosperidad universal es posible.

Segundo: Que su obtención es posible sobre la base de la filosofía materialista del "enriqueceos".

Tercero: Que éste es el camino de la paz.

La pregunta obvia con la cual empezar mi investigación es la siguiente: ¿Hay suficiente para compartir? De inmediato nos encontramos frente a una seria dificultad. ¿Qué es "suficiente"? ¿Quién nos lo puede decir? Por supuesto, no el economista que persigue el "crecimiento económico" como el más alto de los valores y, por lo tanto, no posee el concepto de "suficiente". Hay sociedades "pobres" que tienen demasiado poco, pero

¿dónde está la sociedad "rica" que dice: ¡Alto!, ya tenemos suficiente? No hay ninguna.

Tal vez podamos olvidarnos del "suficiente" y contentarnos con examinar el crecimiento de la demanda sobre los recursos del mundo, que se opera cuando todos se esfuerzan para tener "más". Dado que no podemos analizar todos los recursos propongo enfocar nuestra atención sobre un tipo de recurso que está en una posición central: el combustible. Más prosperidad significa un mayor uso de combustible, no puede haber duda alguna acerca de esto. En estos tiempos, el abismo de prosperidad entre los "pobres" y los "ricos" de este mundo es muy amplio, y esto se demuestra claramente por sus respectivos consumos de combustible. Definamos como "ricos" todas aquellas poblaciones de países con un consumo de combustible promedio de más de una tonelada métrica equivalente de carbón (abreviado: e.c.) per cápita, y como "pobres" todas aquellas debajo de este nivel. Sobre estas definiciones podemos confeccionar la tabla siguiente, que se basa en datos de las Naciones Unidas para el año 1966:

TABLA I (1966)

	<i>Ricos</i>	(%)	<i>Pobres</i>	(%)	<i>Mundo</i>	(%)
POBLACION (millones)	1.060	(31)	2.324	(69)	3.384	(100)
CONSUMO DE COMBUSTIBLE (millones de toneladas e.c.)	4.788	(87)	721	(13)	5.509	(100)
CONSUMO DE COMBUSTIBLE PER CAPITA (toneladas e.c.)	4,52		0,32		1,65	

El porcentaje de consumo de combustible per cápita de los "pobres" es sólo 0,32 toneladas (apenas un caloriceavo del consumido por los "ricos") y hay bastantes "pobres" en el mundo (de acuerdo a estas estadísticas cerca de 7 décimas partes de la población mundial). Si los "pobres" de pronto usaran tanto combustible como los "ricos", el consumo del mundo se triplicaría de inmediato.

Sin embargo, esto no puede suceder, dado que todas las cosas llevan su tiempo. Y al mismo tiempo ambos, "ricos" y "pobres", crecen en número y aspiraciones. Entonces intentemos hacer un cálculo exploratorio. Si las poblaciones "ricos" crecen a razón de 1,25 por ciento y las "pobres" a razón de 2,5 por ciento al año, la población del mundo será de cerca de seis mil novecientos millones en el año 2000 (una cifra no muy diferente de los más recientes y autorizados pronósticos). Si al mismo

tiempo el consumo de combustible per cápita de las poblaciones "ricas" crece en un 2,25 por ciento, mientras que el de los "pobres" crece en un 4,5 por ciento al año, en el año 2000 tendríamos las siguientes cifras:

TABLA II (2.000 AD)

Ricos	(%)	Pobres	(%)	Mundo	(%)
POBLACION (millones)					
1.617	(23)	5.292	(77)	6.909	(100)
CONSUMO DE COMBUSTIBLE (millones de toneladas e. c.)					
15.588	(67)	7.568	(33)	23.156	(100)
CONSUMO DE COMBUSTIBLE PER CAPITA (toneladas e.c.)					
9,64		1,43		3,35	

El resultado total en el consumo mundial de combustible sería un crecimiento desde 5,5 miles de millones de toneladas e.c. en 1966 a 23,2 miles de millones en el año 2000 —un incremento igual a un factor de más de cuatro—, la mitad del cual sería atribuible al incremento de la población y la otra mitad al aumento del consumo per cápita.

Esta división en mitades es bastante interesante. Pero la división entre "ricos" y "pobres" es aún más interesante. Del incremento total en el consumo mundial de combustible desde 5,5 miles de millones a 23,2 miles de millones de toneladas e.c. (i.e. un incremento de 17,7 miles de millones de toneladas) los "ricos" representarían cerca de dos tercios y los "pobres" sólo un poco más de un tercio. En el período total de 34 años, el mundo usaría 425 mil millones de toneladas de carbón equivalente, de las que los "ricos" usarían 321 mil millones (75 por ciento) y los "pobres" 104 mil millones.

Ahora bien, ¿no arroja esto una luz muy interesante sobre la situación total? Estas cifras no son predicciones, por supuesto, son lo que podrían llamarse "cálculos exploratorios". He tomado en cuenta un crecimiento muy modesto de población por parte de los "ricos" y un índice de crecimiento de población que dobla al anterior por parte de los "pobres", y aún así son los "ricos" y no los "pobres" quienes hacen, con mucho, la mayor parte del daño. Si es que podemos llamarlo daño. Inclusive, si las poblaciones clasificadas como "pobres" crecieran sólo al ritmo que lo hacen las "ricas" el efecto sobre el total del consumo mundial de combustible sería muy poco significativo —una reducción de sólo algo más del 10 por ciento. Pero si los "ricos" decidieran —y no digo que esto sea probable— que su consumo actual de combustible per cápita es suficientemente alto y que no de-

quiera permitirse que creciera más, teniendo en cuenta que ya es catorce veces más alto que el de los "pobres", eso sí que *significaría* una diferencia: en lugar del alza prevista en las poblaciones "ricas", habría una reducción de más de 1/3 en el total de combustible requerido en el año 2000 en todo el mundo.

El comentario más importante, sin embargo, es una pregunta: ¿Es posible suponer que el consumo mundial de combustible podría crecer hasta cerca de 23.000 millones de toneladas e.c. anuales en el año 2000, usando 425.000 millones de toneladas e.c. durante los treinta y cuatro años en cuestión? A la luz de nuestro actual conocimiento de las reservas de combustibles fósiles, ésta es una cifra poco convincente, aun si suponemos que un cuarto o un tercio del total mundial proviene de la fisión nuclear.

Es bien sabido que los "ricos" están en vías de agotar para siempre la dotación de combustibles relativamente simples y baratos. Es su continuo crecimiento económico el que produce más exorbitantes demandas, con el resultado de que los combustibles baratos y simples en existencia en el mundo podrían convertirse fácilmente en escasos y más caros mucho antes que los países pobres hayan adquirido la riqueza, educación, sofisticación industrial y acumulación de capital necesarios para la aplicación de combustibles alternativos en una escala significativa.

Los cálculos exploratorios, por supuesto, nunca *prueban* nada. Una *prueba* sobre el futuro es en cualquier caso imposible y ya se ha señalado sagazmente que las predicciones no son dignas de confianza, particularmente cuando tratan del futuro. Lo que se requiere es capacidad de juicio, y los cálculos exploratorios por lo menos pueden ayudar a informar nuestra capacidad de juicio. De cualquier forma, nuestros cálculos en gran medida tienden a *subestimar* la magnitud del problema. No es realista tratar al mundo como si fuese una unidad. Los recursos de combustible están distribuidos en forma muy desigual, y cualquier escasez de suministros, no importa cuán leve sea, dividiría al mundo inmediatamente en "los que tienen" y los "que no tienen" a lo largo de fronteras totalmente nuevas. Las áreas especialmente favorecidas, tales como el Medio Oriente y África del Norte, atraerían la atención a un nivel apenas imaginable hoy, mientras que algunas áreas de alto consumo, tales como Europa occidental y Japón, se colocarían en la posición nada envidiable de pobres herederos. He aquí una fuente de conflictos de primera magnitud.

Como nada puede *probarse* acerca del futuro (ni aun acerca del futuro relativamente cercano de los próximos treinta años) es siempre posible rechazar los problemas más amenazadores con la esperanza de que algo sucederá para cambiar la situación. Simplemente podrían haber enormes y

desconocidas reservas de petróleo, gas natural o carbón. Además, ¿por qué tiene la energía nuclear que limitarse a proveer sólo un cuarto o un tercio de los requerimientos totales? El problema puede así trasladarse a otro plano, pero todavía se niega a desaparecer. Porque el consumo de combustible en la escala indicada (suponiendo que no existiesen dificultades insalvables en la provisión de combustible) produciría riesgos ambientales de una naturaleza sin precedentes.

Tomemos la energía nuclear. Algunas personas dicen que los recursos de uranio relativamente concentrado son insuficientes para mantener un programa nuclear de alcance real, suficientemente amplio como para tener un impacto significativo en la situación mundial de combustibles, donde tenemos que calcular en miles de millones, no simplemente en millones, de toneladas equivalentes de carbón. Pero supongamos que esas personas están equivocadas. Se encontrará suficiente uranio, se concentrará desde los más remotos rincones de la tierra, se traerá a las principales poblaciones, se le hará altamente radiactivo. Es difícil imaginar una amenaza biológica más grande, para no mencionar el peligro político de que alguien pudiese usar una pequeñísima cantidad de esta sustancia terrible para propósitos que no sean totalmente pacíficos.

Por otro lado, si nuevos descubrimientos de combustibles fósiles hicieran innecesario el forzar la marcha de la energía nuclear, habría un problema de contaminación térmica en una escala totalmente distinta a cualquiera de las hasta ahora encontradas.

Cualquiera que sea el combustible, cuando los incrementos en el consumo son de cuatro, cinco y seis veces... no hay ninguna respuesta convincente al problema de la contaminación.

He tomado el caso del combustible simplemente como un ejemplo para ilustrar una tesis muy sencilla: que el crecimiento económico, que visto desde el punto de vista de la economía, la física, la química y la tecnología, no tiene límites apreciables, ha de precipitarse necesariamente dentro de un callejón sin salida aparente cuando es examinado desde el punto de vista de las ciencias del medio ambiente. Una actitud vital que busca la realización en la obtención unilateral de riquezas (en otras palabras, materialismo) no encaja dentro de este mundo porque no contiene ningún principio limitativo en sí misma, mientras que el entorno en el que está ubicada es estrictamente limitado. El medio ambiente está tratando de decírnos, ahora mismo, que ciertas demandas están convirtiéndose en excesivas. Tan pronto como un problema es "resuelto", diez nuevos problemas aparecen como resultado de la primera "solución". Como subraya el profesor Barry

Commoner, los nuevos problemas no son las consecuencias de fracasos accidentales sino de los éxitos de la tecnología.

Aquí otra vez, sin embargo, mucha gente insistirá en discutir estos asuntos solamente en términos de optimismo y pesimismo, enorgullecéndose en su propio optimismo de que "la ciencia encontrará una salida". Podrían estar en lo cierto si, como sugiero, hubiera un cambio consciente y fundamental en la *dirección* del esfuerzo científico. Los progresos de la ciencia y la tecnología durante los últimos siglos han sido tales que los peligros han crecido aún más rápidamente que las soluciones. Tendré que decir más acerca de esto posteriormente.

Ya existe una evidencia abrumadora de que el gran sistema de equilibrio de la naturaleza se está convirtiendo persistentemente en desequilibrio, particularmente en ciertas áreas y puntos específicos. Lamentablemente, nos llevaría demasiado tiempo si tratara de exponer aquí las pruebas. El estado actual del lago Erie, sobre el que el profesor Barry Commoner, entre otros, ha llamado la atención, debiera servirnos como una suficiente llamada a la cordura. Una o dos décadas más y todos los sistemas de aguas territoriales de los Estados Unidos de Norteamérica pueden estar en una condición similar. En otras palabras, la condición de desequilibrio puede entonces no tener nada que ver con puntos específicos, sino que habrá llegado a ser una situación generalizada. Cuanto más lejos se permita llegar a este proceso, más dificultoso ha de ser el invertirlo, si es que no se ha convertido ya en un fenómeno irreversible.

Encontramos, por lo tanto, que la idea del crecimiento económico limitado, hasta que todos naden en la abundancia, necesita ser cuestionada seriamente en por lo menos dos aspectos: la disponibilidad de recursos básicos y, alternativa o adicionalmente, la capacidad del medio ambiente para absorber satisfactoriamente el grado de interferencia que implica. Hasta aquí hemos considerado el aspecto físico-material del asunto. Consideremos ahora algunos aspectos no materiales del mismo.

No nos cabe la menor duda de que la idea del enriquecimiento personal tiene un atractivo muy poderoso para la naturaleza humana. Keynes, en el ensayo citado previamente, nos advertía que todavía no era tiempo para un "retorno a algunos de los más seguros y ciertos principios de la religión y la virtud tradicional: que la avaricia es un vicio, que la exacción de la usura es un crimen y el amor al dinero es detestable".

El progreso económico, aseguraba, sólo se obtiene si empleamos esos poderosos impulsos humanos del egoísmo, que la religión y la sabiduría tradicional nos llaman universalmente a resistir. La economía moderna se mueve por una locura de insaciable ambición y se deleita en una orgía de

envidia, siendo éstos no meramente hechos accidentales sino las causas últimas de su éxito expansionista. La pregunta es entonces si tales causas pueden conservar su efectividad por mucho tiempo o si llevan implícitamente la semilla de su propia destrucción. Si Keynes dice que "lo sucio es útil y lo bello no lo es", está proponiéndonos una definición pragmática que puede ser verdad o mentira, o que puede parecer verdad a corto plazo y convertirse en falsa a largo plazo. ¿Qué es en realidad?

Yo diría que ya hay suficientes pruebas como para demostrar que tal definición es falsa en un sentido muy directo y práctico. Si los vicios humanos tales como la desmedida ambición y la envidia son cultivados sistemáticamente, el resultado inevitable es nada menos que un colapso de la inteligencia. Un hombre dirigido por la ambición y la envidia pierde el poder de ver las cosas tal como son en su totalidad y sus mismos éxitos se transforman entonces en fracasos. Si sociedades enteras se ven infectadas por estos vicios, podrían llegar a obtener cosas asombrosas, pero serían cada vez más incapaces de resolver los más elementales problemas de la existencia cotidiana. El Producto Nacional Bruto puede crecer rápidamente, tal como lo miden los estadísticos, pero no supone bienestar para la gente, que se encuentra oprimida por la creciente frustración, alienación, inseguridad, etc. Después de un tiempo incluso el Producto Nacional Bruto cesa de aumentar, no por fallos científicos o tecnológicos, sino más bien debido a una parálisis deformante de no-cooperación, tal como la expresada en varios tipos de escapismos, no sólo por parte de los oprimidos y explotados, sino también por los grupos altamente privilegiados.

Se podría seguir durante mucho tiempo deplorando la irracionalidad y la estupidez de hombres y mujeres de posiciones altas o bajas diciendo: "¡Si la gente se diera cuenta dónde están sus verdaderos intereses! ¿Qué es lo que le impide a la gente el tomar conciencia de este problema? Será porque su inteligencia se ha oscurecido por la desmedida ambición y la envidia, o porque en lo recóndito de sus corazones entienden que sus intereses reales están en un lugar totalmente distinto. Hay un dicho revolucionario que establece: "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios".

Aquí de nuevo nada puede ser "probado". Sin embargo, no parece probable o plausible que las graves enfermedades sociales que infectan hoy muchas sociedades ricas sean meros fenómenos pasajeros, que un gobierno eficaz (¡si pudiéramos tener un gobierno realmente eficaz!) podría erradicar simplemente haciendo un uso más expeditivo de la ciencia y la tecnología o un uso más radical del sistema penal.

Sugiero que los fundamentos de la paz no pueden descansar sobre la

prosperidad universal, en el sentido moderno de la palabra, porque tal prosperidad, si es que puede obtenerse, lo es gracias al cultivo de impulsos naturales tales como la codicia y la envidia, que destruyen la inteligencia, la felicidad, la serenidad y, finalmente, la tranquilidad del hombre. Muy bien podría ser que la gente rica atesore la paz más cuidadosamente que la gente pobre, pero sólo si se sienten extremadamente protegidos, y esto es una contradicción de términos. Su riqueza depende de enormes demandas sobre los limitados recursos del mundo y así se ponen en el camino de un inevitable conflicto, en principio no con los pobres (que son débiles e indefensos) sino con otros ricos.

En resumen, podemos decir que el hombre de hoy es demasiado inteligente como para ser capaz de sobrevivir sin sabiduría. Nadie trabaja realmente por la paz, salvo que esté trabajando básicamente por la restauración de la sabiduría. La afirmación que "lo sucio es bello y lo bello no lo es" es la antítesis de la sabiduría. La esperanza de que la búsqueda de bondad y virtud puede ser pospuesta hasta que hayamos alcanzado la prosperidad universal y que con la búsqueda individual de la riqueza, sin devanarnos los sesos acerca de cuestiones morales y espirituales, podríamos establecer la paz sobre la tierra, es una esperanza irreal, anticientífica e irracional. Cuando el nivel de desarrollo era menor, podíamos temporalmente excluir la sabiduría de la economía, la ciencia y la tecnología, pero ahora que hemos alcanzado un alto nivel de prosperidad, el problema de la verdad espiritual y moral ocupa la posición central.

Desde un punto de vista económico, el concepto principal de la sabiduría es la permanencia. Debemos estudiar la economía de la permanencia. Nada tiene sentido económico salvo que su continuidad a largo plazo puede ser proyectada sin incurrir en absurdos. Puede haber "crecimiento" hacia un objetivo limitado, pero no puede haber crecimiento ilimitado, neutralizado. Como Gandhi dijo, es más que probable que "la tierra provea lo suficiente para satisfacer las necesidades de cada hombre pero no la codicia de cada hombre". La permanencia es incompatible con una actitud depredadora que se regocija en el hecho de que "los que eran lujos para nuestros padres han llegado a ser necesidades para nosotros".

El fomento y la expansión de las necesidades es la antítesis de la sabiduría. Es también la antítesis de la libertad y de la paz. Todo incremento en las necesidades tiende a incrementar la dependencia de las fuerzas exteriores sobre las cuales uno no puede ejercer ningún control y, por lo tanto, aumenta el temor existencial. Sólo reduciendo las necesidades puede uno lograr una reducción genuina de las tensiones que son la causa última de la contienda y de la guerra.

La economía de la permanencia implica un profundo cambio en la orientación de la ciencia y la tecnología. Estas tienen que abrir sus puertas a la sabiduría y, de hecho, incorporar sabiduría en su estructura misma. "Soluciones" científicas o técnicas que envenenan el medio ambiente o degradan la estructura social y al hombre mismo, no son beneficiosas, no importa cuán brillantemente hayan sido concebidas o cuán grande sea su atractivo superficial. Máquinas cada vez más grandes, imponiendo cada vez mayores concentraciones de poder económico y ejerciendo una violencia cada vez mayor sobre el medio ambiente no representan progreso, son la negación de la sabiduría. La sabiduría requiere una nueva orientación de la ciencia y de la tecnología hacia lo orgánico, lo amable, lo no-violento, lo elegante y lo hermoso. La paz, como a menudo se ha dicho, es indivisible. ¿Cómo podría, entonces, construirse la paz sobre una base hecha de ciencia indiferente y tecnología violenta? Debemos procurar una revolución en la tecnología que nos dé invenciones y maquinarias que inviertan las tendencias destructivas que ahora nos amenazan a todos.

¿Qué es lo que realmente necesitamos de los científicos y tecnólogos? Yo contestaría: necesitamos métodos y equipos que sean:

- suficientemente baratos de modo que estén virtualmente al alcance de todos;
- apropiados para utilizarlos a escala pequeña; y
- compatibles con la necesidad creativa del hombre.

De estas tres características nacen la no-violencia y una relación entre el hombre y la naturaleza que garantiza la permanencia. Si sólo una de estas tres es descuidada, las cosas muy probablemente irán mal. Examinémoslas una por una.

Métodos y maquinarias suficientemente baratos como para estar virtualmente al alcance de todos, ¿por qué tenemos que pensar que nuestros científicos y tecnólogos no son capaces de desarrollarlos? Esta fue una preocupación básica de Gandhi: "Yo deseo que los millones de pobres de nuestra tierra sean sanos y felices y los quiero ver crecer espiritualmente... Si sentimos la necesidad de tener máquinas, sin duda las tendremos. Toda máquina que ayuda a un individuo tiene justificado su lugar", decía, "pero no debiera haber sitio alguno para máquinas que concentran el poder en las manos de unos pocos y toman a los muchos en meros cuidadores de máquinas, si es que éstas no los dejan antes sin trabajo".

Supongamos que el objetivo reconocido por inventores e ingenieros llegue a ser, según observaba Aldous Huxley, dotar a la gente corriente de

los medios necesarios para "hacer un trabajo provechoso e intrínsecamente significativo, ayudando a hombres y mujeres a independizarse de sus patrones, de modo que se transformen en sus propios empleadores, o en miembros de un grupo autogestionado y cooperativo que trabaje para su subsistencia y para un mercado local... este progreso tecnológico orientado en forma tan diferente (daría como resultado) una descentralización progresiva de la población, el acceso a la tierra, la propiedad de los medios de producción, el poder político y económico". Otras ventajas, decía Huxley, serían "una vida humanamente más satisfactoria para más gente, una mayor y genuina democracia autogestionada y una feliz liberación de la estúpida y perniciosa educación para adultos dada por los productores de bienes de consumo masivo mediante la publicidad" ¹.

Si los métodos y las maquinarias han de ser baratos para que la mayoría tenga acceso a ellos, esto significa que su coste deberá establecerse en relación con los niveles de ingreso de la sociedad en la que han de ser usados. Por mi parte he llegado a la conclusión de que el límite más alto para el promedio de la inversión de capital por *puesto de trabajo* viene dado por el ingreso anual de un trabajador industrial hábil y ambicioso. Esto significa que si dicho obrero puede ganar normalmente, digamos, 500.000 pesetas al año, el coste promedio de establecimiento de su puesto de trabajo de ninguna manera debiera exceder de 500.000 pesetas. Si el coste es significativamente más alto, la sociedad en cuestión muy probablemente tendrá serios problemas, tales como una indebida concentración de riqueza y poder entre unos pocos privilegiados, un problema cada vez más grande de "marginados" que no pueden integrarse en la sociedad y constituyen una creciente amenaza, desempleo "estructural", mala distribución de la población debido a una excesiva urbanización, frustración y alienación general con tasas crecientes de delincuencia, etc.

El segundo requisito es la posibilidad de aplicación en escala pequeña. Sobre el problema de la "escala", el Profesor Leopoldo Kohr ha escrito ya en forma brillante y convincente; su importancia para la economía de la permanencia es obvia. Operaciones de pequeña escala, no importa cuán numerosas, son siempre menos propensas a causar daño en el medio ambiente que las de gran escala, simplemente porque su fuerza individual es pequeña en relación con las fuerzas de recuperación de la naturaleza. Hay sabiduría en la pequeñez, si tenemos en cuenta lo pequeño y limitado que es el conocimiento humano, que parte mucho más del experimento que de la comprensión global. El mayor peligro invariabilmente surge de la aplicación despiadada, a gran escala, del conocimiento parcial, tal como lo estamos presenciando en la aplicación de la energía nuclear, de la nueva

química en la agricultura, de la tecnología de transporte y en un sinnúmero de otras cosas.

Aunque a veces son pequeñas comunidades las culpables de causar serios daños, generalmente como resultado de la ignorancia, éstos carecen de importancia si los comparamos con la devastación causada por grupos gigantes movidos por la codicia, la envidia y la ambición de poder. Más aún, es obvio que los obreros *organizados en pequeñas unidades tendrían mejor cuidado de su pedazo de tierra u otra fuente de recursos naturales que compañías anónimas o gobiernos megalómanos que se engañan a sí mismos creyendo que el universo es su cantera legítima.*

El tercer requisito es tal vez el más importante de todos: que los métodos y las maquinarias dejen amplio lugar para la creatividad humana. Durante los últimos cien años nadie ha hablado más insistentemente y admontoriamente sobre este tema que los pontífices romanos. ¿Qué queda del hombre si el proceso de producción "elimina del trabajo todo atisbo de humanidad haciendo de él una mera actividad mecánica"? El obrero mismo se transforma en el remedo de un ser libre.

"El trabajo físico (decía Pío XI) que aún después del pecado original fue decretado por la Providencia para el bien del cuerpo y del alma del hombre, en muchos casos se ha transformado en un instrumento de perversión; mientras la materia muerta sale mejorada de la fábrica es precisamente allí donde los hombres son corrompidos y degradados."

El tema es tan amplio que no puedo hacer más que tocarlo muy someramente. Por encima de todas las cosas hay necesidad de una adecuada filosofía del trabajo que lo entienda no como lo que ha llegado a ser, una tarea inhumana a ser reemplazada tan pronto como sea posible por la automatización, sino como algo "decretado por la Providencia para el bien del cuerpo y del alma del hombre". Después de la familia, es el trabajo y las relaciones establecidas por el trabajo los que representan el verdadero fundamento de la sociedad. Si los fundamentos son inseguros, ¿cómo podría ser segura la sociedad? Si la sociedad está enferma, ¿cómo podría dejar de ser un peligro para la paz?

"La guerra es un juicio—decía Dorothy L. Sayers— que se precipita sobre las sociedades cuando éstas han estado viviendo de acuerdo a ideas que se oponen violentamente a las leyes que gobiernan el universo... ¡Já más pensemos que las guerras son catástrofes irracionales: las guerras ocurren cuando formas erróneas de pensar y de vivir conducen a situaciones intolerables"?. Desde un punto de vista económico, nuestra equivocación básica consiste en vivir alimentando sistemáticamente la codicia y la envidia, construyendo así un orden de deseos totalmente ilegítimos. Es el peca-

do de la codicia el que nos ha arrojado en las poderosas garras de la máquina. Si la codicia, asistida eficazmente por la envidia, no fuese la maestra del hombre moderno, ¿cómo puede ser que la locura del economismo no se reduzca en tiempos en que se obtienen más altos "niveles de vida" y son precisamente las sociedades más ricas las que persiguen ventajas económicas con absoluta voracidad? ¿Cómo podríamos explicar el rechazo casi total por parte de los que dirigen las sociedades ricas (estén éstas organizadas en empresas privadas o en empresas colectivas) del esfuerzo común hacia una *humanización del trabajo*? Basta que se diga que algo reducirá el "nivel de vida" para que toda posibilidad de debate desaparezca de inmediato. El hecho de que ese trabajo que destruye el alma carece de sentido, es mecánico, monótono y embrutecedor, constituye un insulto para la naturaleza humana y produce necesaria e inevitablemente escapismo o agresión, y el hecho de que ninguna cantidad de "pan y circo" puede compensar por el daño causado son cosas que nadie niega ni reconoce, pero son admitidas con una inquebrantable conspiración de silencio, porque negarlas sería demasiado absurdo y reconocerlas condenaría la preocupación central de la sociedad moderna como un crimen en contra de la humanidad.

El olvido, y aun el rechazo, de la sabiduría ha ido tan lejos que la gran mayoría de nuestros intelectuales no tienen ni siquiera una remota idea acerca del significado de la palabra. En consecuencia, están siempre tratando de curar una enfermedad por medio de la intensificación de sus propias causas. La enfermedad proviene de reemplazar la sabiduría por la técnica y ninguna dosis de investigación técnica parece ser capaz de producir una curación efectiva. Pero, ¿qué es la sabiduría? ¿Dónde se puede encontrar? Aquí llegamos al corazón del problema; podemos leer acerca de ella en numerosas publicaciones pero sólo puede ser *encontrada* dentro de uno mismo. Uno tiene que liberarse primero de maestros tales como la codicia y la envidia para estar en condiciones de encontrarla. La tranquilidad que sigue a la liberación, aunque sólo sea momentánea, posibilita una percepción de la sabiduría que no puede ser obtenida de otra manera.

Ella nos permite ver el vacío y las insatisfacciones de una vida dedicada básicamente a la obtención de fines materiales, con detrimento de lo espiritual. Tal vida necesariamente enfrenta al hombre contra su prójimo y a las naciones entre sí, porque las necesidades del hombre son infinitas y la infinitud puede ser alcanzada sólo en el reino de lo espiritual, jamás en lo material. El hombre necesita, sin duda, elevarse por encima de este aburrido "mundo" y la sabiduría le muestra el camino para hacerlo. Sin sabiduría el hombre se ve obligado a construir una economía monstruosa que destruye el mundo y a buscar afanosamente satisfacciones fantásticas,

como la de poner un hombre en la luna. En lugar de conquistar el "mundo" caminando hacia la sanidad, el hombre trata de conquistarlo ganando prestigio en riqueza, poder, ciencia o incluso en cualquier "deporte" inagotable.

Estas son las causas de la guerra y es puramente quimérico tratar de sentar los fundamentos de la paz sin eliminar primero aquellas causas. Es doblemente quimérico el construir la paz sobre fundamentos económicos que, al mismo tiempo, descansan sobre el fomento sistemático de la codicia y la envidia, fuerzas que verdaderamente surgen al hombre en un estado de conflicto.

¿Cómo hacer para comenzar a desmantelar la codicia y la envidia? Tal vez comenzando a ser menos codiciosos y envidiosos nosotros mismos, o evitando la tentación de permitir que nuestros lujos se conviertan en necesidades y por un sistemático análisis de nuestras propias necesidades para encontrar la forma de simplificarlas y reducirlas. Si no tenemos fuerzas para hacer ninguna de estas cosas, ¿podríamos, por lo menos, dejar de aplaudir el tipo de "progreso" económico que adolece de falta de bases para la permanencia y a la vez dar nuestro apoyo, por modesto que sea, a quienes no teniendo temor de ser tildados de excéntricos trabajan por la no-violencia como ecólogos, protectores de la vida salvaje, promotores de la agricultura orgánica, productores caseros, etc.? Un gramo de práctica es generalmente más valioso que una tonelada de teoría.

Se necesitarán muchos gramos, sin embargo, para sentar los fundamentos económicos de la paz. ¿Dónde puede uno encontrar las fuerzas necesarias para seguir trabajando en medio de perspectivas tan obviamente negativas? Es más, ¿dónde puede uno encontrar las fuerzas para vencer la violencia de la codicia, la envidia, el odio y la lujuria dentro de uno mismo? Pienso que Gandhi ha dado la respuesta: "Hay que reconocer la existencia del alma aparte del cuerpo y su naturaleza permanente, y este reconocimiento debe representar una fe viva. En última instancia la no-violencia de nada sirve a aquellos que no poseen una fe viva en el Dios del Amor".

3 El Papel de la Economía

Decir que nuestro futuro económico está determinado por los economistas sería una exageración; pero que su influencia, o en cualquier caso la influencia de la economía, es de un gran alcance difícilmente puede ponerse en duda. La economía juega un papel central en la configuración de las actividades del mundo moderno, dado que proporciona los criterios de lo que es "económico" y de lo que es "antieconómico", y no existe otro juego de criterios que ejercite una influencia mayor sobre las acciones de los individuos y grupos, así como también sobre las acciones de los gobiernos. Puede pensarse, por lo tanto, que deberíamos recurrir a los economistas cuando necesitamos consejo sobre cómo vencer los peligros y dificultades en los que el mundo moderno se encuentra inmerso y cómo lograr planes económicos que garanticen la paz y la permanencia.

¿Cómo se relaciona la economía con los problemas abordados en el capítulo anterior? Cuando el economista emite un juicio acerca de que una actividad es "económicamente sana" o "antieconómica", se nos presentan dos cuestiones importantes y estrechamente relacionadas: ¿qué significa ese juicio?, en primer lugar, y en segundo, ¿es un juicio definitivo en el sentido de que la acción práctica puede basarse razonablemente en él?

Haciendo un poco de historia, podemos llegar a recordar que cuando se hablaba de fundar una cátedra de economía política en Oxford hace 150 años, mucha gente demostró poca satisfacción acerca de tal posibilidad. Edward Copleston, el gran Preboste del Colegio Oriel, no quiso admitir en el curriculum de la Universidad una ciencia "tan propensa a usurpar a las demás". Aun Henry Drummond de Albury Park, quien dotó la cátedra en 1825, creyó necesario aclarar que él esperaba que la Univer-

sidad mantendría a la nueva asignatura "en su propio lugar". El primer profesor, Nassau Senior, no se conformó con ser considerado en un lugar inferior. Bien pronto, en su clase inaugural, predijo que la nueva ciencia "se ubicará en la opinión pública a la altura de las primeras entre las ciencias morales por su interés y utilidad" y proclamó que la "búsqueda de riqueza... es, para la mayoría de la humanidad, la gran fuente de progreso moral". No todos los economistas, con toda seguridad, han puesto tan altas sus pretensiones. John Stuart Mill (1806-73) consideró la economía política "no como a una cosa en sí, sino más bien como un fragmento de una totalidad más amplia, una rama de la filosofía social tan interrelacionada con las otras ramas que sus conclusiones, aun circunscritas a su ámbito particular, tienen valor sólo condicionalmente, estando sujetas a la interferencia y a la acción neutralizadora de causas que no se encuentran directamente dentro de su área". Incluso Keynes, en contradicción con su propio consejo (antes citado) de que "la avaricia, la usura y la precaución deben ser nuestros dioses por un poco más de tiempo todavía", nos aleccionó a no "sobrestimar la importancia del problema económico" ni "sacrificar otros asuntos de más grande y permanente significado por sus supuestas necesidades".

Tales voces, sin embargo, se escuchan muy raramente en estos días. No seña ninguna exageración decir que, con una influencia cada vez mayor, los economistas se encuentran en el centro mismo del interés público, de tal suerte que los resultados económicos, el crecimiento económico, la expansión económica, etc., no se han transformado en el permanente interés, sino en la obsesión de toda sociedad moderna. En el vocabulario condenatorio corriente hay muy pocas palabras que sean tan concluyentes como la palabra "antieconómico". Si una actividad ha sido etiquetada como antieconómica, su derecho a existir no es meramente cuestionado sino negado con energía. Cualquier cosa que se descubra que es un impedimento al crecimiento económico es una cosa vergonzosa y si la gente se aferra a ella, los tildados de saboteadores o estúpidos. Llame a una cosa inmoral o fea, la tildada de alma o degradante de la condición humana, un peligro para la paz del mundo o un atentado al bienestar de las futuras generaciones, que si no ha demostrado que es "antieconómica" no habrá cuestionado en nada su derecho a existir, crecer y prosperar.

Pero, ¿qué significa cuando decimos que algo es "antieconómico"? No estoy preguntando qué es lo que la gente piensa cuando lo dice porque eso es algo muy evidente. Simplemente quieren decir que es como una enfermedad y que se está mejor sin ella. Se supone que el economista está en condiciones de diagnosticar la enfermedad y luego, con suerte y habilidad,

eliminarla. Es bien cierto que los economistas a menudo discrepan entre sí acerca del diagnóstico y, más frecuentemente aún, acerca de la cura, pero esto solamente prueba que el problema es de una dificultad poco común y que los economistas, como todos los seres humanos, son fallibles.

No, yo más bien pregunto: ¿cuál es el criterio, qué clase de criterio se deduce del método de la economía? La respuesta a esta pregunta no puede ponerse en duda, algo es antieconómico cuando fracasa en su intento de producir un beneficio monetario. El método de la economía no tiene, y no puede tener, ningún otro criterio. Se ha tratado reiteradamente de oscurecer este hecho y el resultado ha sido una gran confusión, pero el hecho permanece intacto. La sociedad, un grupo o un individuo dentro de la sociedad, puede decidirse a seguir manteniendo una actividad o una propiedad por razones no económicas (sean éstas sociales, estéticas, morales o políticas) pero de ninguna manera altera el carácter antieconómico de la misma. El juicio de la economía, en otras palabras, es un juicio extremadamente fragmentario; de todos los numerosos aspectos que en la vida real tienen que ser analizados y juzgados antes de que pueda tomarse una decisión, la economía sólo se fija en uno: que una cosa produzca o no beneficio monetario a quienes la poseen y administran.

"A quienes la poseen y administran" son palabras que no pueden subestimarse. Es un gran error pretender, por ejemplo, que la metodología de la economía se aplica normalmente para determinar si una actividad desatrollada por un grupo dentro de la sociedad produce un beneficio para la sociedad en su totalidad. Ni siquiera las industrias nacionalizadas están consideradas dentro de este más amplio enfoque. Cada una de ellas tiene asignado un objetivo financiero que, en realidad, es una obligación y se espera que cumpla con él sin consideración alguna por cualquier daño que pueda ocasionar sobre otras partes de la economía. Más aún, la creencia generalizada, sostenida con igual fervor por todos los partidos políticos, es que el bien común será necesariamente optimizado si cada uno, cada industria y comercio, sea nacionalizado o no, lucha por conseguir un "beneficio" aceptable sobre el capital invertido. Ni aún Adam Smith tuvo una fe más implícita en la "mano invisible", para asegurar que "lo que es bueno para la General Motors es bueno para los Estados Unidos".

De cualquier manera, no puede haber duda alguna acerca de la naturaleza fragmentaria de los juicios de la economía. Aún dentro del estrecho ámbito del cálculo económico, estos juicios son necesaria y metodológicamente estrechos. Porque, por un lado, dan mucho más peso al corto plazo que al largo, ya que a largo plazo, como decía Keynes con alegre brutalidad, estaremos todos muertos. Y por otro lado, se basa en una definición

de coste que excluye todo "bien libre", es decir, el medio ambiente enteramente dado por Dios, excepción hecha de esas partes del mismo que han sido apropiadas privadamente. Esto significa que una actividad puede ser económica a pesar de que atente contra el medio ambiente, y que una actividad competitiva será antieconómica si protege y conserva el medio ambiente a un coste determinado.

Aún más, la economía trata con las mercancías de acuerdo a su valor de mercado y no de acuerdo a lo que ellas son intrínsecamente. Las mismas reglas y criterios se aplican a las materias primas, que el hombre tiene que apropiarse de la naturaleza, y a las mercancías secundarias, que presuponen la existencia de las primarias y se manufacturan en base a las mismas. Todas las mercancías son tratadas de igual manera, dado que el punto de vista es fundamentalmente el de obtener beneficios individuales, y esto significa que es inherente a la metodología de la economía el *ignorar la dependencia del hombre del mundo natural*.

Otra forma de dejar sentido lo mismo es decir que la economía trata con mercancías y servicios desde el punto de vista del mercado, donde el comprador con ganas de comprar se encuentra con el vendedor con ganas de vender. El comprador es esencialmente un cazador de gangas; a él no le preocupa el origen de las mercancías o las condiciones bajo las cuales se han producido. Su única preocupación es obtener la mejor inversión de su dinero.

El mercado, por lo tanto, representa sólo la superficie de la sociedad y su significado hace relación a una situación momentánea, tal como existe allí y entonces. No hay profundización en la esencia de las cosas ni en los hechos naturales o sociales que yacen detrás de ellas. En un sentido, el mercado es una institucionalización del individualismo y la irresponsabilidad. Ni el comprador ni el vendedor son reponsables de ninguna cosa excepto de ellos mismos. Sería "antieconómico" que un acaudalado vendedor redujera sus precios a clientes pobres simplemente porque ellos están necesitados, o que un adinerado comprador pague un precio extra sólo porque el proveedor es pobre. De igual manera sería "antieconómico" que un comprador diese preferencia a las mercancías nacionales si las importadas son más baratas. Tal persona no acepta, ni se espera que acepte, ninguna responsabilidad por la balanza de pagos de la nación.

En cuanto a la irresponsabilidad del comprador hay, significativamente, una excepción: el comprador debe ser muy cauto para no comprar mercancía robada. Esta es una regla contra la cual ni la ignorancia ni la inocencia cuentan como defensa, pudiendo llegar a producir resultados extra-

ordinariamente injustos y enojosos. Esta regla, sin embargo, está impuesta por la sagrada propiedad privada de la cual da testimonio.

El ser relevado de toda responsabilidad excepto de uno mismo, significa obviamente una enorme simplificación del mundo de los negocios. Podemos reconocer que es práctica y no necesitamos sorprendernos de su gran popularidad entre los hombres de negocios. Lo que sí puede causar sorpresa es que también se considere una virtud el hacer un máximo uso de esta responsabilidad. Si un comprador rechaza una buena rebaja porque sospecha que las mercancías son baratas debido a la explotación u otras prácticas denigrantes (excepto el robo), se expone a él mismo a ser criticado por comportarse "antieconómicamente", lo que es considerado como algo parecido a la pérdida de la gracia. Los economistas y otras personas están acostumbrados a tratar tal conducta excéntrica con sorna, si no con indignación. La religión de la economía tiene su propio código de ética y el Primer Mandamiento es el comportarse "económicamente" en cualquier circunstancia, cuando uno está produciendo, vendiendo o comprando. No es sino cuando el cazador de oportunidades se ha ido a casa y se convierte en consumidor que el Primer Mandamiento ya no se aplica; por el contrario, entonces se le alienta a disfrutar a su real antojo. En lo que atañe a la religión de la economía, el consumidor es extraterritorial. Esta extraña y significativa característica del mundo moderno merece más atención que la recibida hasta ahora.

En el mercado, por razones prácticas, se suprimen innumerables distinciones de calidad que son de vital importancia para el hombre y la sociedad, y no se les permite salir a la superficie. Así el reino de la cantidad celebra su mayor triunfo en el "Mercado". Allí cualquier cosa es igualada con el resto. Equiparar cosas significa darles un precio y así hacerlas intercambiables. Hasta tal punto el pensamiento económico está basado en el mercado que lo sagrado se elimina de la vida porque no puede haber nada de sagrado en algo que tiene un precio. Por ello, no debe causar sorpresa que si el pensamiento económico tiene vigencia en la sociedad incluso los simples valores no-económicos tales como belleza, salud o limpieza pueden sobrevivir sólo si prueban que son "económicos".

Los economistas usan el método de análisis de coste-beneficio para introducir valores no-económicos dentro del marco del cálculo económico. Se piensa que éste es un avance brillante y progresista, porque al menos es un intento de tener en cuenta los costes y beneficios que podrían de otra manera ser completamente ignorados. De hecho el procedimiento consiste en reducir el precio del más alto al nivel del más bajo y en dar un precio al que no lo tiene. Jamás puede entonces servirnos para clari-

ficar la situación y conducirnos a una decisión clara. Lo más que puede hacer es llevarnos al autoengaño o al engaño de otros, porque pretender medir lo incommensurable es un absurdo y no constituye otra cosa que un sofisticado método para pasar de nociones preconcebidas a conclusiones predeterminadas. Todo lo que uno tiene que hacer para obtener los resultados deseados es asignarles valores apropiados a los incommensurables costes y beneficios. Sin embargo, no es el absurdo resultante la falta más grande de este proceso. Es algo aún peor y más destructivo para la civilización, es la pretensión de que todo tiene un precio o, en otras palabras, que el dinero es el más alto de todos los valores.

La economía opera legítima y útilmente dentro de un marco "dado" que está asentado fuera del cálculo económico. Podríamos decir que la economía no se sostiene sobre sus propios pies, que es un cuerpo de pensamiento "derivado" de la meta-economía. Si el economista deja de estudiar meta-economía o, lo que es aún peor, si permanece en la ignorancia de que hay límites para la aplicabilidad del cálculo económico, es probable que caiga en una clase de error similar al de ciertos teólogos medievales que trataban de dilucidar problemas de la física por medio de citas bíblicas. Toda ciencia es beneficiosa dentro de sus propios límites, pero tan pronto como los transgrede se convierte en mala y destructiva.

La ciencia de la economía es "tan propensa a usurpar al resto" (hoy aún más que hace ciento cincuenta años, cuando Edward Copleston apuntó este peligro) porque se relaciona con ciertas tendencias muy fuertes de la naturaleza humana, tales como la codicia y la envidia. Por ello es más grande la obligación de sus expertos, los economistas, en comprender y clarificar sus limitaciones, es decir, en entender la meta-economía.

¿Qué es, entonces, la meta-economía? Así como la economía trata del hombre en su medio ambiente, podemos pensar que la meta-economía consta de dos partes, una que trata del hombre y otra que trata del medio ambiente. En otras palabras, podemos esperar que la economía deduzca sus objetivos y metas de un estudio del hombre y que obtenga, por lo menos una gran parte de su metodología, del estudio de la naturaleza.

En el próximo capítulo intentaré demostrar cómo las conclusiones y prescripciones de la economía cambian, cuando el cuadro fundamental del hombre y su propósito sobre la tierra cambia. En este capítulo me limito a tratar sobre la segunda parte de la meta-economía, es decir, la forma en que una parte vital de la metodología de la economía tiene que provenir de un estudio de la naturaleza. Como ya he subrayado, todas las mercancías son tratadas igual en el mercado, porque el mercado es esencialmente una institución para la caza ilimitada de gangas y esto significa

que es inherente a la metodología de la economía moderna, tan ampliamente orientada al mercado, el ignorar la dependencia del hombre del mundo natural. El profesor E. H. Phelps Brown, en su discurso presidencial en la Real Sociedad de Economía sobre "El subdesarrollo de la Economía", habló acerca de la "pequeña contribución que los más conspicuos desarrollos de la economía en el último cuarto de siglo han hecho a la solución de los problemas actuales más acuciantes". Entre esos problemas menciona "el examen de los efectos adversos sobre el medio ambiente y la calidad de la vida del industrialismo, el crecimiento de la población y el urbanismo".

En realidad, hablar acerca de "pequeña contribución" es emplear un eufemismo, dado que no hay contribución en absoluto. Por el contrario, no sería injusto decir que la economía, tal como está constituida y se practica, actúa como una barrera efectiva en contra de la comprensión de estos problemas, debido a su afición al análisis puramente cuantitativo y a su temor a mirar dentro de la naturaleza de las cosas.

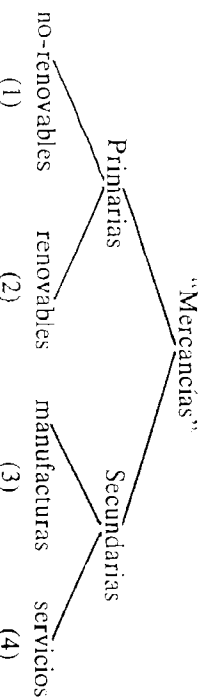
La economía trata con una virtualmente ilimitada variedad de mercancías y servicios, producidos y consumidos por una igualmente ilimitada variedad de gente. Sería obviamente imposible el desarrollar una teoría económica, salvo que uno estuviera preparado a hacer caso omiso de una cantidad considerablemente importante de distinciones cualitativas. Sin embargo, es tan obvio como lo anterior que la supresión total de distinciones cualitativas, mientras que hace fácil el teorizar, al mismo tiempo lo vuelve totalmente estéril. La mayoría de los "progresos visibles de la economía en los últimos veinticinco años" (como dijera el Profesor Phelps Brown) apuntan en dirección a la cuantificación a expensas de la comprensión de diferencias cualitativas. Aún más, se podría decir que la economía se ha convertido paulatinamente en intolerante con respecto a esas diferencias, porque no encajan dentro de su método y porque presentan exigencias en relación a la comprensión práctica y al poder de comprensión profundo de los economistas que éstos no tienen el interés o la capacidad de satisfacer. Por ejemplo, habiendo establecido por métodos puramente cuantitativos que el Producto Nacional Bruto de un país ha crecido en, digamos, un cinco por ciento, el economista (así transformado en econometrista) no está dispuesto, y a veces no está en condiciones de valorar si tal resultado es algo bueno o algo malo. Perdería todas sus ideas más firmes si se permitiera considerar tal cuestión; por lo tanto, el Producto Nacional Bruto debe ser una buena cosa, no importa qué es lo que creció ni quién se benefició, suponiendo que exista un beneficiario. La idea de que puede haber un crecimiento patológico, un crecimiento enfermizo, un crecimiento desordenado

o destructivo, es una idea perversa que no debe permitirse aflorar. Una pequeña minoría de economistas ha comenzado a preguntarse hasta dónde puede llegar el "crecimiento", dado que el crecimiento infinito dentro de un medio ambiente finito es obviamente un imposible. Pero aún ellos mismos no pueden alejarse del concepto puramente cuantitativo de crecimiento. En lugar de insistir en la *primacía de las distinciones cualitativas*, simplemente substituyen no-crecimiento por crecimiento, o lo que es lo mismo, un vacío por otro.

Por supuesto, es verdad que la calidad es mucho más difícil de "manejar" que la cantidad, de la misma manera que el ejercicio de juzgar es una función más alta que la habilidad de contar y calcular. Las diferencias cuantitativas pueden asimilarse y definirse más fácilmente que las diferencias cualitativas. Su realidad material es atractiva y le da una apariencia de precisión científica, aun cuando esta precisión es el precio de la supresión de vitales diferencias cualitativas. La gran mayoría de los economistas todavía persiguen el absurdo ideal de hacer su "ciencia" tan científica y precisa como la física, como si no hubiera ninguna diferencia cualitativa entre los átomos sin cerebro y los hombres hechos a la imagen de Dios.

El principal tema de la economía es "la mercancía". Los economistas hacen algunas distinciones rudimentarias entre categorías de mercancías desde el punto de vista del *comprador*, tal como ocurre con la distinción entre mercancías de consumidores y mercancías de productores, pero no hay virtualmente ningún intento de conocer lo que esas mercancías son en realidad. Por ejemplo, si es que son producidas por el hombre o dadas por Dios, si es que son reproducibles libremente o no. Una vez que las mercancías, cualquiera que sea su carácter meta-económico, han aparecido en el mercado, son tratadas de igual forma, como objetos a la venta, y la economía se preocupa exclusivamente en teorizar sobre las actividades de cazador de rebajas propias del comprador.

Es un hecho, no obstante, que hay diferencias fundamentales y vitales entre las diferentes categorías de "mercancías" que no podemos dejar de considerar sin perder contacto con la realidad. Podríamos llamar al siguiente cuadro un esquema mínimo de categorización:



Es muy difícil que pudiera haber una distinción más importante para comenzar, que la existente entre mercancías primarias y secundarias, porque las últimas presuponen la disponibilidad de las primarias. Un desarrollo de las habilidades del hombre para producir productos secundarios es inútil salvo que esté precedido por una expansión de su habilidad para obtener productos primarios de la tierra, ya que el hombre no es un productor sino sólo un transformador, y para cada trabajo de transformación necesita productos primarios. En particular, su poder para transformar depende de la energía primaria, lo que lleva de inmediato a la necesidad de una distinción básica dentro del campo de las mercancías primarias en mercancías renovables y no-renovables. En lo que respecta a las mercancías secundarias existe una distinción obvia y básica entre manufacturas y servicios. Obtenemos así un mínimo de cuatro categorías, cada una de las cuales es *esencialmente* diferente de las otras tres.

El mercado no sabe nada acerca de estas distinciones. Sólo pone una etiqueta con el precio a todas las mercancías y en base a ello nos permite creer que todas tienen igual importancia. Así, el equivalente a cinco libras esterlinas de petróleo (categoría 1) es lo mismo que cinco libras esterlinas de trigo (categoría 2), que a su vez es lo mismo que cinco libras esterlinas de zapatos (categoría 3) o que el equivalente a cinco libras esterlinas de la tarifa de un hotel (categoría 4). El único criterio para determinar la importancia relativa de estas diferentes mercancías es la tasa de beneficio que pueda obtenerse al venderlas. Si las categorías 3 y 4 obtienen beneficios más altos que las categorías 1 y 2, esto se interpreta como una "señal" de que es "racional" invertir recursos adicionales en las primarias y retirarlos de las últimas.

No tengo interés en discutir aquí sobre la credibilidad o racionalidad del mecanismo del mercado, lo que los economistas llaman la "mano invisible". Esto ha sido discutido sin fin, pero invariablemente sin prestar atención a la *incomensurabilidad básica* de las cuatro categorías a las que nos referimos momentos antes. Por ejemplo, se ha ignorado (y si no ignorado jamás se ha tomado seriamente en cuenta en la formulación de la teoría económica) que el concepto de "coste" es esencialmente diferente tanto cuando se trata de productos renovables y no renovables como cuando se trata de manufacturas y servicios. De hecho, y sin pararnos en detalles, puede decirse que la economía, tal como se entiende hoy, sólo se aplica a las manufacturas (categoría 3), aunque se viene aplicando indiscriminadamente a todas las mercancías y servicios porque falta una definición de las esenciales diferencias cualitativas que existen entre las cuatro categorías.

Estas diferencias pueden llamarse meta-económicas, en tanto tienen que

ser tomadas en cuenta antes de que se comience con el análisis económico. Aún más importante es el reconocimiento de la existencia de "mercancías" que jamás aparecen en el mercado, porque no pueden ser o no han sido objeto de propiedad privada, pero que son nada menos que un requisito esencial de la actividad humana, tales como el aire, el agua, la tierra, y de hecho, la estructura de la naturaleza viva.

Hasta hace muy poco los economistas se sentían justificados, y con bastante razón, para considerar la estructura dentro de la cual tiene lugar la actividad económica como algo *dado*, es decir, como algo permanente e indestructible. Por lo tanto, el estudio de los efectos de la actividad económica sobre la estructura no era parte ni de su trabajo ni de su competencia profesional. Desde que comenzó a haber cada vez más pruebas del deterioro del medio ambiente, particularmente en la naturaleza viva, la perspectiva y la metodología de la economía han empezado a cuestionarse. El estudio de la economía es demasiado estrecho y demasiado fragmentario para conducirnos a profundos conocimientos, salvo que sea complementado y completado por un estudio de la meta-economía.

El problema de valorar los medios por encima de los fines (lo cual, como afirmaba Keynes, es la actitud de la economía moderna) es que destruye la libertad del hombre y el poder para elegir los fines que realmente atraen; el desarrollo de los medios parece que dicta la elección de los fines. Los ejemplos más obvios son la obsesión por el transporte a velocidades supersónicas y los inmensos esfuerzos hechos para poner un hombre en la Luna. La elección de estos objetivos no fue el resultado de ningún estudio profundo sobre las necesidades reales y las aspiraciones del ser humano, a las cuales se supone que sirve la tecnología, sino más bien al hecho de que había los medios técnicos necesarios disponibles.

Como hemos visto, la economía es una ciencia "derivada" que acepta las instrucciones de lo que yo he llamado meta-economía. Cuando las instrucciones se cambian el contenido de la economía también cambia. En el capítulo siguiente vamos a analizar qué es lo que sucede con las leyes económicas y con las definiciones de conceptos tales como "económico" y "antieconómico", cuando la base meta-económica del materialismo occidental se abandona y es reemplazada por las enseñanzas del budismo. La elección del budismo es, para el caso, meramente accidental; las enseñanzas del cristianismo, del Islam, o del judaísmo podrían haber sido empleadas también, así como las de cualquiera de las otras grandes tradiciones orientales.

4 La Economía Budista

"Los Medios Correctos de Subsistencia" es uno de los requisitos del Noble Sendero de Los Ocho Aspectos budista. Es bien claro, por lo tanto, que debe haber una economía budista.

Los países budistas han expresado reiteradamente que desean permanecer fieles a su herencia. Tal es el caso de Birmania: "La nueva Birmania no ve ningún conflicto entre los valores religiosos y el progreso económico. La salud espiritual y el bienestar material no son enemigos sino aliados naturales". "Podemos mezclar con éxito los valores religiosos y espirituales que hemos heredado con los beneficios de la moderna tecnología".² O: "Nosotros los birmanos tenemos el sagrado deber de conformar nuestros sueños y nuestros actos a nuestra fe. Esto lo haremos siempre".³

De cualquier manera, tales países suponen invariablemente que pueden modelar sus planes de desarrollo económico de acuerdo a los postulados de la economía moderna, y van a los llamados países desarrollados para contratar economistas que les aconsejen, formulen políticas a seguir, estructuren el gran plan de desarrollo, Plan Quinquenal o como quiera llamársele. Nadie parece pensar que una forma budista de vida demandaría una economía budista, tal como la forma de vida del materialismo moderno ha engendrado la economía moderna.

Los mismos economistas, al igual que la mayoría de los especialistas, sufren normalmente de una suerte de ceguera metafísica suponiendo que la suya es una ciencia de verdades absolutas e invariables, sin condicionantes. Algunos van tan lejos que sostienen que las leyes de la economía son tan independientes de la "metafísica" o de los "valores" como la ley de la gravitación. No necesitamos, sin embargo, enzarzarnos en discusiones sobre

metodología. En cambio, tomemos algunos fundamentos básicos y veamos qué ocurre con ellos cuando los observamos desde el punto de vista de un economista moderno y de un economista budista.

Existe un acuerdo universal por el cual se acepta que el trabajo humano es una fuente fundamental de riqueza. Ahora bien, el economista moderno ha crecido en la enseñanza de que el trabajo ha de considerarse poco menos que un mal necesario. Desde el punto de vista del empleador es simplemente un elemento de coste que ha de ser reducido a un mínimo, si no eliminado totalmente y reemplazado por la automatización. Desde el punto de vista del trabajador, es una "desutilidad". Trabajar es sacrificar el tiempo libre y el confort y el salario viene a ser una suerte de compensación por el sacrificio. De aquí que el ideal, desde el punto de vista del empleador, es tener una producción sin empleados mientras que, para el trabajador, el ideal es obtener un ingreso sin tener un empleo.

Las consecuencias de estas dos actitudes, en la teoría y en la práctica son, obviamente, de un largo alcance. Si el ideal con respecto al trabajo es liberarse de él, todo método que "reduce el peso del trabajo" es una cosa buena. Fuera de la automatización, el método más eficaz es la llamada "división del trabajo" y el ejemplo clásico es la fábrica de alfileres elogiada por Adam Smith en *La Riqueza de las Naciones*⁴. Aquí no se trata de especialización ordinaria, que el hombre ha practicado desde tiempo inmemorial, sino de dividir todo proceso completo de producción en pequeñas partes, de manera que el producto final pueda ser producido a gran velocidad sin que nadie haya tenido que contribuir con más de un insignificante movimiento de sus miembros y, en muchos casos, sin intervenir alguno.

El punto de vista budista considera la función del trabajo por lo menos en tres aspectos: dar al hombre una posibilidad de utilizar y desarrollar sus facultades; ayudarle a liberarse de su egocentrismo, uniéndolo a otras personas en una tarea común; y producir los bienes y servicios necesarios para la vida. Las consecuencias que se derivan de esta perspectiva son interminables. Sería poco menos que criminal organizar el trabajo de tal manera que llegue a ser algo sin sentido, aburrido, que idle y enerve al trabajador; eso indicaría una mayor preocupación por las mercancías que por la gente, una diabólica falta de compasión y un grado de inclinación hacia el lado más primitivo de la existencia que destruye el alma. Igualmente, esforzarse por el ocio como una alternativa al trabajo sería considerado como una total malinterpretación de una de las verdaderas básicas de la existencia humana, es decir, que el trabajo y el ocio son partes comple-

mentarias de un mismo proceso vital y no pueden ser separadas sin destruir el gozo del trabajo y la felicidad del ocio.

Desde el punto de vista budista, por lo tanto, hay dos tipos de mecanización que deben ser claramente diferenciados: uno que ensalza la capacidad y el poder del hombre y otro que transfiere el trabajo del hombre a un esclavo mecánico, dejando al hombre en la posición de tener que servir al esclavo. ¿Cómo hacer para distinguir uno del otro? "Es el artesano", dice Ananda Coomaraswamy, un hombre capacitado para hablar con igual autoridad tanto del moderno occidente como del antiguo oriente, "quien puede, siempre que se le permita, trazar la delicada distinción entre la máquina y la herramienta. El telar de alfombras es una herramienta, un mecanismo para sostener bien estirada la urdimbre de hebras, para permitir que la lanzadera teja alrededor de ellas llevada por los dedos del artesano, pero el telar a motor es una máquina y su importancia como destructor de cultura se basa en el hecho de que la máquina hace la parte esencialmente humana del trabajo"⁵. Es evidente, entonces, que la economía budista debe ser bien diferente de la economía del materialismo moderno, por lo que el budista ve la esencia de la civilización no en la multiplicación de deseos sino en la purificación de la naturaleza humana. Esa naturaleza, al mismo tiempo, está modelada básicamente por el trabajo del hombre. Y el trabajo adecuadamente realizado, en condiciones de dignidad y libertad humanas, es una bendición para los que lo hacen y para sus productos. El filósofo y economista indio J. C. Kumarappa resume este tema como sigue:

"Si la naturaleza del trabajo es apreciada y aplicada debidamente, estará en la misma relación con las facultades más elevadas que la comida con el cuerpo físico. El trabajo nutre y reaviva al hombre más elevado y lo impele a producir lo mejor de que él es capaz. Dirige su libre albedrío a lo largo de los caminos apropiados y disciplina al animal que hay en él por cauces progresistas. Finalmente, proporciona una excelente experiencia para que el hombre ensanche su escala de valores y desarrolle su personalidad"⁶.

Si un hombre no tiene la oportunidad de obtener un trabajo se encuentra en una situación desesperante, no simplemente porque carece de un ingreso sino porque carece de este factor de trabajo disciplinado que nutre y aviva y que nada puede reemplazar. Un economista moderno puede embarcarse en cuestiones altamente sofisticadas sobre si el pleno empleo es "rentable" o si podría ser más "económico" mantener una economía por debajo del pleno empleo para asegurar una mayor movilidad de mano de obra, una mejor estabilidad de salarios, etc. Su criterio fundamental de

éxito se basa simplemente en la cantidad total de mercancías producidas en un período determinado. "Si la urgencia marginal de mercancías es baja" dice el profesor Galbraith en *La Sociedad Opulenta*, "así será la urgencia de emplear el último hombre o el último millón de hombres con capacidad para el trabajo". Y continúa: "Si... podemos afrontar un cierto desempleo en aras de la estabilidad (una proposición, de paso, de impecables antecedentes conservadores) estaremos en condiciones de dar a aquellos que están desempleados los bienes que les permitan mantener su acostumbrado nivel de vida".

Desde el punto de vista budista, esto es poner la verdad patas arriba, porque se considera que las mercancías son más importantes que la gente y el consumo más importante que la actividad creativa. Significa trasladar el énfasis desde el trabajador hacia el producto del trabajo, es decir, de lo humano a lo subhumano: una rendición a las fuerzas del mal. El verdadero comienzo de la planificación económica budista sería una planificación para el pleno empleo y su propósito principal, proporcionar un empleo para todo aquel que necesite un trabajo "fuera de casa": no sería ni la maximización del empleo ni la maximización de la producción. Las mujeres, en conjunto, no necesitan un trabajo "fuera de casa" y el empleo de mujeres a gran escala en oficinas o fábricas sería considerado como un signo de fracaso económico. Particularmente, permitir que las madres de hijos pequeños trabajen en fábricas mientras los niños andan sueltos sería tan antieconómico a los ojos de un budista como a los ojos de un economista moderno lo sería el emplear de soldado a un obrero capacitado.

Mientras que el materialista está particularmente interesado en las mercancías, el budista está más interesado en la liberación. Sin embargo, el budismo es "El Camino Medio" y, por lo tanto, de ninguna manera se opone al bienestar físico. En el camino de la liberación no es la salud el obsáculo sino el apego a ella, tampoco lo es el goce de cosas placenteras sino el descartarlas incontrolablemente. La clave de la economía budista, por lo tanto, es simplicidad y no violencia. Desde el punto de vista de un ecónomista, la maravilla de la forma budista de vida es la extremada racionalidad de su modelo: medios sorprendentemente pequeños que conducen a resultados extraordinariamente satisfactorios.

Esto es muy difícil de entender para el economista moderno. El está acostumbrado a medir el "nivel de vida" por medio del consumo anual, suponiendo siempre que un hombre que consume más está "en mejores condiciones" que otro que consume menos. Un economista budista consideraría este enfoque excesivamente irracional; dado que el consumo es meramente un medio para el bienestar humano, el fin sería la obtención de

un máximo de bienestar con un mínimo de consumo. De esta manera, si la finalidad de la vestimenta es obtener una temperatura confortable y una apariencia atractiva, la tarea consiste en lograr este propósito con el menor esfuerzo posible, es decir, con la menor destrucción anual de tela y con la ayuda de diseños que requieran el menor esfuerzo posible para realizarse. Cuanto menor sea el esfuerzo mayor será el tiempo y las fuerzas reservadas para la creatividad artística. Por ejemplo, sería altamente antieconómico desechar una confección complicada, como en el occidente moderno, cuando se puede obtener un efecto mucho más hermoso mediante un arreglo adecuado sin cortar la tela. Sería el colmo de la tontería fabricar un material de tal forma que se gaste pronto y el colmo de la barbaridad hacer cualquier cosa fea, basta o en mal estado. Lo que acaba de decirse de la vestimenta puede aplicarse igualmente a cualquier necesidad humana. La propiedad y el consumo de mercancías es un medio para un fin, y la economía budista es el estudio sistemático de cómo obtener fines dados con un mínimo de medios.

La economía moderna, por otro lado, tiene al consumo como el único fin y propósito de toda actividad económica, considerando los factores de producción (tierra, trabajo y capital) como los medios. En síntesis, la economía budista trata de maximizar las satisfacciones humanas por medio de un modelo óptimo de consumo, mientras que la economía moderna trata de maximizar el consumo por medio de un modelo óptimo de esfuerzo productivo. Es fácil de comprender que el esfuerzo que se necesita para mantener una forma de vida que se base en la búsqueda del modelo óptimo de consumo es probablemente mucho más pequeño que el esfuerzo que se necesita para sustentar una tendencia al consumo máximo. No deberíamos sorprendernos, por lo tanto, que las exigencias y la tensión de la vida sean mucho menores, digamos, en Birmania que en los Estados Unidos de Norteamérica, a pesar de que la proporción de maquinaria que ahorra mano de obra en el primer país es sólo una pequeñísima parte de la cantidad usada en el último.

La simplicidad y la no violencia están, obviamente, muy estrechamente vinculadas. El modelo óptimo de consumo, a la vez que produce un alto grado de satisfacción humana por medio de una proporción relativamente baja de consumo, permite a la gente vivir sin grandes tensiones y cumplir con uno de los principios básicos de la enseñanza budista: "Deja de hacer el mal, trata de hacer el bien". Dado que los recursos físicos son limitados en todas partes, la gente que satisface sus necesidades haciendo un uso menor de los recursos está obviamente en una situación mucho menos belicosa que la gente que depende de un uso mucho mayor de los mismos. De la

misma manera; es mucho menos probable que la gente que vive en comunidades locales altamente autosuficientes se vea envuelta en una violencia de gran escala que la gente cuya existencia depende de los sistemas municipales de comercio.

Desde el punto de vista de la economía budista, por lo tanto, la producción basada en fuentes de recursos locales para necesidades locales es la forma más racional de vida económica, mientras que la dependencia de importaciones de lugares lejanos y la consiguiente necesidad de producir para exportar a gente desconocida y distante es altamente antieconómica y justificable sólo en casos excepcionales y en pequeña escala. De la misma manera que el economista moderno admitiría que una proporción alta de consumo de servicios de transporte desde el hogar de un individuo a su lugar de trabajo significa algo negativo y contrario a un alto nivel de vida, así el economista budista sostendría que satisfacer las necesidades humanas desde fuentes de recursos lejanos antes que desde fuentes de recursos cercanos significa un fracaso antes que un éxito. El primero tiende a usar las estadísticas que muestren un incremento en el número de toneladas por Km. *per cápita* de población movidas por el sistema de transporte de un país como prueba de progreso económico, mientras que para el último (el economista budista) las mismas estadísticas indicarían un deterioro altamente indeseable en los niveles de consumo.

Otra diferencia notable entre la economía moderna y la economía budista se aprecia en el uso de los recursos naturales. Bertrand de Jouvenel, el eminente filósofo político francés, ha definido al "hombre occidental" con palabras que pueden ser tomadas como una razonable descripción del economista moderno:

"Tiende a considerar que no hay más gasto que el esfuerzo humano; parece como que no le importase cuánto mineral desperdicia y, lo que es peor, cuánta materia viva destruye. Parece no entender en absoluto que la vida humana es una parte dependiente de un ecosistema constituido por muchas formas de vida. Como el mundo está regido desde ciudades donde los hombres están completamente separados de cualquier otra forma de vida que no sea la humana, el sentimiento de pertenecer a un ecosistema no puede cobrar vida. El resultado es un tratamiento duro y desconsiderado de todo aquello que precisamente necesita para vivir, como el agua y los árboles"⁸.

La enseñanza del Buda, por otro lado, prescribe una actitud reverente y no violenta no sólo para las criaturas sensibles, sino también, con un gran énfasis, para los árboles. Todo seguidor del Buda debe plantar un árbol cada varios años y cuidarlo hasta que esté bien crecido, y el econo-

mista budista puede demostrar sin dificultad que del cumplimiento universal de esta regla resultaría una alta tasa de desarrollo económico genuino, independiente de toda ayuda foránea. Gran parte del subdesarrollo económico del sureste de Asia (como así también de muchas partes del mundo) sin ninguna duda se debe a un negligente y vergonzoso olvido de los árboles.

La economía moderna no distingue entre los materiales renovables y los no renovables, como si su verdadero método fuera el de igualar y cuantificar todas las cosas por medio de un valor monetario. Así, por ejemplo, si tomamos distintos combustibles como carbón, petróleo, madera o energía hidráulica, vemos que la única diferencia entre ellos, reconocida por la economía moderna, es el coste relativo por unidad equivalente. El más barato es automáticamente elegido como el preferido, porque elegir de otra manera sería irracional y "antieconómico". Desde el punto de vista budista, por supuesto, esto no ocurrirá; la diferencia esencial entre los combustibles no renovables como el carbón y el petróleo por un lado y los combustibles renovables como la madera y la energía hidroeléctrica, por el otro, no puede ser descuidada. Los bienes no renovables deben usarse sólo si son indispensables, y aún así con el mayor de los cuidados y con una preocupación meticulosa por su conservación. Usarlos negligente o extravagantemente es un acto de violencia y a pesar de que la perfecta no-violencia puede no ser alcanzable en esta tierra, existe sin embargo un sentido ineludible del deber en el hombre por tender al ideal de la no-violencia en todo lo que hace.

Así como un economista europeo moderno no consideraría un éxito económico de primera magnitud si todas las obras de arte de Europa fuesen vendidas a precios atractivos a los Estados Unidos de Norteamérica, el economista budista insistiría en que una población que basa su vida económica en los combustibles no renovables está viviendo parasitariamente del capital en lugar del ingreso. Tal modo de vida no podría tener permanencia y por lo tanto no podría estar justificado salvo como una solución meramente temporal, debido a que las fuentes de recursos mundiales de combustibles no renovables (carbón, petróleo y gas natural) se encuentran distribuidas sobre el globo de una forma muy desequilibrada y sus existencias son limitadas. Es evidente que su explotación en proporciones cada vez mayores es un acto de violencia contra la naturaleza, lo cual debe casi inevitablemente conducir a la violencia entre los hombres.

Este simple hecho puede servir de tema de reflexión a aquellos que viviendo en países budistas y no teniendo ningún interés por los valores religiosos y espirituales heredados buscan ardientemente abrazar el materialismo de la economía moderna a la mayor velocidad posible. Antes de que

rechacen a la economía budista por considerarla un simple sueño nostálgico, quizá aceptarían considerar si es que el camino del desarrollo económico descrito por la economía moderna puede conducirlos a los lugares donde ellos realmente desean estar. Hacia el final de su valiente libro *El Desafío del Futuro del Hombre*, el Profesor Harrison Brown, del Instituto de Tecnología de California, incluye el siguiente comentario:

"Así vemos que, de la misma manera que la sociedad industrial es fundamentalmente inestable y está sujeta al retorno a una existencia agraria, lo mismo ocurre con las condiciones que dentro de ella ofrecen libertad individual, ya que son inestables en su posibilidad de evitar las premisas que imponen una organización rígida y un control totalitario. Ciertamente, cuando examinamos todas las dificultades imaginables que amenazan la existencia misma de la civilización industrial, se hace muy difícil ver de qué manera pueden hacerse compatibles la obtención de esta estabilidad y la preservación de la libertad individual"⁹.

Aun si dejáramos de lado esta perspectiva a largo plazo, todavía es pertinente preguntar si la "modernización", como se la practica corrientemente, sin ningún tipo de consideración por los valores religiosos y espirituales, produce realmente resultados positivos. En lo que respecta a las masas, los resultados resultan ser desastrosos: la destrucción de la economía rural, la ola creciente de desempleo en la ciudad y el campo y el crecimiento constante de un proletariado ciudadano que padece de hambre física y espiritual.

Es a la luz de la experiencia inmediata y de las perspectivas a largo plazo que el estudio de la economía budista puede recomendarse, aun para aquellos que creen que el crecimiento económico es más importante que cualquiera de los valores espirituales o religiosos. Porque la cuestión no es la elección entre "crecimiento moderno" y "estancamiento tradicional". La cuestión más bien radica en encontrar el camino correcto de desarrollo, el Camino Medio entre la negligencia materialista y la inmovilidad tradicionalista. En pocas palabras, encontrar "Los Medios Correctos de Subsistencia".

5 Un Problema de Tamaño

Yo he sido educado de acuerdo a la interpretación de la historia que sugería que en el principio era la familia, luego las familias se juntaron y dieron lugar a la formación de tribus, más tarde un cierto número de tribus dieron lugar a la formación de una nación, varias naciones formaron una "Unión" o unos "Estados Unidos" de donde fuera y, finalmente, se podía esperar un Gobierno del Mundo. Desde que escuché esta historia plausible tomé un especial interés en el proceso, pero no pude evitar el notar que lo opuesto parecía ser lo que estaba sucediendo: una proliferación de estados nacionales. La Organización de las Naciones Unidas comenzó hace unos veinticinco años con alrededor de sesenta miembros, ahora son más del doble y el número sigue creciendo. En mi juventud este proceso de proliferación se llamaba "balcanización" y se le consideraba como algo realmente malo. A pesar de que todos decían que era malo ha estado ocurriendo alegremente durante los últimos cincuenta años en la mayor parte del mundo. Las grandes unidades tienden a subdividirse en pequeñas unidades. Este fenómeno, tan ridículamente opuesto a lo que me habían enseñado, sea que lo aprobemos o no, por lo menos, no debería pasar desapercibido.

En segundo lugar, fui educado de acuerdo con la teoría de que para que un país fuese próspero tenía que ser grande (cuanto más grande mejor). Esto también parecía bastante plausible. Miremos a lo que Churchill llamaba "los principados de Pumpernickel" * de la Alemania antes de Bismarck y luego miremos al Reich de Bismarck. ¿No es verdad que la gran

* N. del T.: Pumpernickel es un pan integral de cebada muy común en Alemania.

prosperidad de Alemania fue una realidad hecha posible sólo a través de esta unificación? De cualquier forma, los suizos de habla alemana y los austríacos de habla alemana que no se unieron tuvieron igual éxito económico y si hacemos una lista de los países más prósperos del mundo encontraremos que la mayoría de ellos son muy pequeños, mientras que una lista de los países más grandes del mundo nos mostraría que la mayoría de ellos son realmente muy pobres. Aquí, de nuevo, hay tema para reflexionar.

En tercer lugar, fui educado en los principios de la teoría de las "economías de escala", según la cual con las industrias y compañías sucede igual que con las naciones, que hay una tendencia irresistible, dictada por la tecnología moderna, a tener tamaños cada vez más grandes. Ahora bien, es cierto que hoy hay más organizaciones grandes y probablemente también organizaciones más grandes que nunca antes en la historia, pero el número de pequeñas unidades también está creciendo, de ninguna manera declinando, en países tales como Gran Bretaña y los Estados Unidos y muchas de estas pequeñas unidades son altamente prósperas y proporcionan a la sociedad la mayoría de los avances realmente fructíferos. De nuevo, no es nada fácil reconciliar la teoría y la práctica y la situación del tema del tamaño es realmente desconcertante para todo aquel que se ha formado sobre la base de estas tres teorías.

Aun hoy se nos dice que estas organizaciones gigantesca son imprescindibles, pero cuando observamos más de cerca podemos notar que tan pronto como el tamaño grande se ha conseguido hay a menudo un denodado esfuerzo para crear lo pequeño dentro de lo grande. El gran éxito del Sr. Sloan, de la General Motors, fue el estructurar esta firma gigantesca de tal manera que se convirtió, prácticamente, en una federación de compañías de un tamaño bastante razonable. En la Empresa Nacional del Carbón británica, una de las compañías más grandes de la Europa occidental, algo muy similar se intentó bajo la Presidencia de Lord Rubens. Se emplearon tremendos esfuerzos para poder desarrollar una estructura que mantuviese la unidad de una organización grande y al mismo tiempo creara el "clima" o la sensación de estar en una federación de numerosas "cuasi compañías". Lo monolítico fue transformado así en un conjunto de unidades semi-autónómicas bien coordinadas y llenas de vida, cada una con sus propias energías y sentido de realización. Mientras muchos teóricos (quienes pueden no estar muy estrechamente relacionados con la vida real) todavía siguen ocupados en la idolatría del gran tamaño, con la gente práctica del mundo actual ocurre que hay una tremenda añoranza y ansiedad de beneficiarse, si eso es posible, de la conveniencia, humanidad y comodi-

dad de lo pequeño. Esta es también una tendencia que cualquiera puede fácilmente observar por sí mismo.

Analicemos ahora nuestro tema desde otro ángulo y preguntemos qué es lo que en realidad se *necesita*. En los negocios de los hombres siempre parece haber la necesidad simultánea de por lo menos dos cosas, las que, a todas luces, parecen ser incompatibles y excluirse la una a la otra. Siempre necesitamos a la vez libertad y orden. Necesitamos la libertad de montones y montones de pequeñas unidades autónomas y al mismo tiempo el orden global de la unidad y coordinación a gran escala. Cuando lo que se requiere es la acción necesitamos, obviamente, unidades pequeñas, porque la acción es un asunto altamente personal y uno no puede contactar más que un número muy limitado de personas al mismo tiempo. Pero cuando de lo que se trata es del mundo de las ideas, los principios o la ética, de la indivisibilidad de la paz o de la ecología, necesitamos reconocer la unidad de la raza humana y basar nuestra acción sobre este reconocimiento. Si deseamos expresarlo de una manera distinta diremos que es verdad que todos los hombres somos hermanos, pero también es verdad que en nuestras relaciones personales podemos, de hecho, ser hermanos sólo de unos pocos y es entonces cuando se nos exige un mayor sentido de hermandad hacia ellos que aquél que podríamos sentir por la humanidad como un todo. Todos conocemos a gente que habla mucho acerca de la fraternidad universal mientras trata a sus propios vecinos como enemigos, y también conocemos a gente que, de hecho, tiene relaciones excelentes con todos sus vecinos mientras esconde, al mismo tiempo, horribles prejuicios acerca de todos los grupos humanos que se encuentran fuera de su círculo particular.

Lo que deseo enfatizar es la *dualidad* de las exigencias humanas cuando de lo que se trata es del problema del tamaño: no hay una respuesta *única*. El hombre necesita muchas estructuras distintas para sus distintos propósitos, las pequeñas y las grandes, algunas específicas y otras generales. Aún así la gente encuentra muy difícil el mantener en sus mentes dos tipos de verdades aparentemente opuestas al mismo tiempo. Siempre tienden a buscar una solución final, como si en la vida actual pudiera haber una solución final aparte de la muerte. Para el trabajo constructivo, la principal tarea es siempre el restablecimiento de cierta suerte de equilibrio. Hoy, sufrimos una idolatría del gigantismo casi universal. Es necesario insistir en las virtudes de lo pequeño, en donde sea factible. (En el caso de que lo que prevaleciera fuese una idolatría de lo pequeño, sin tener en cuenta el tema o el propósito, tendríamos que tratar entonces de ejercer una influencia en sentido opuesto.)

El problema de la escala podría exponerse de otra manera: lo que es necesario en todos estos asuntos es discriminar, diferenciar las cosas. Para cada actividad hay una cierta escala apropiada y cuanto más activa e íntima sea esa actividad, más pequeño será el número de gente que puede tomar parte y más grande es el número de relaciones que es necesario establecer. Tomemos la enseñanza por ejemplo: uno escucha toda suerte de debates extraordinarios acerca de la superioridad de la máquina de enseñar sobre otras formas de enseñanza. Bien, discrimínemos: ¿qué es lo que estamos tratando de enseñar? Entonces resulta evidente que ciertas cosas sólo pueden enseñarse en un círculo muy reducido, mientras que otras cosas pueden obviamente ser enseñadas *en masse*, a través de la radio, la televisión, las máquinas de enseñar, etc.

¿Qué escala es la apropiada? Depende de lo que nosotros estemos tratando de hacer; el problema de la escala es hoy extremadamente crucial tanto en lo político como en lo social y en lo económico. ¿Cuál es, por ejemplo, la medida apropiada de una ciudad? Y también se podría preguntar, ¿cuál es el tamaño apropiado de un país? Estas son preguntas muy serias y problemáticas. No es posible programar una computadora y obtener la respuesta. Los asuntos realmente serios de la vida no pueden ser calculados. No podemos calcular directamente lo que está bien; ¡pero sí que podemos saber qué es lo que está mal! Podemos reconocer lo correcto y lo equivocado en los extremos; a pesar de que no podemos normalmente juzgarlos lo suficientemente bien como para decir "esto debería ser un cinco por ciento más, o aquello debería ser un cinco por ciento menos".

Tomemos el caso del tamaño de una ciudad. A pesar de que uno no puede juzgar estas cosas con precisión, pienso que es bastante acertado decir que el límite máximo de lo que se consideraría deseable para el tamaño de una ciudad es probablemente un número cercano al medio millón de habitantes. Es evidente que por encima de este tamaño no se añade nada ventajoso a la ciudad. En lugares como Londres, Tokio o Nueva York los millones no suponen un valor real para la ciudad sino que crean *enormes* problemas y producen degradación humana. Así, probablemente, un orden de magnitud de quinientos mil habitantes podría ser considerado como el límite superior. La cuestión del límite inferior de una ciudad es mucho más difícil de juzgar. Las más hermosas ciudades de la historia han sido muy pequeñas de acuerdo a los modelos del siglo XX. Los instrumentos e instituciones de la cultura ciudadana dependen, sin ninguna duda, de una cierta acumulación de riqueza. Pero el problema de cuánta riqueza ha de ser acumulada depende del tipo de cultura que se persiga. La filosofía, las artes y la religión cuestan muy poco dinero. Otras actividades que presumen

de ser "alta cultura", investigación del espacio o física ultramoderna, cuestan muchísimo dinero, pero están de alguna manera bastante lejos de las necesidades reales de los hombres.

Planteo el problema del tamaño apropiado de las ciudades por dos razones: en primer lugar, porque es un tema interesante en sí mismo, y en segundo lugar, porque en mi opinión es el punto más importante cuando consideramos el tamaño de las naciones.

La idolatría del gigantismo, sobre la que ya he hablado, es posiblemente una de las causas y ciertamente uno de los efectos de la tecnología moderna, particularmente en cuestiones de transporte y comunicaciones. Un sistema de transporte y comunicaciones altamente desarrollado tiene un efecto inmensamente poderoso: transforma a la gente en viajeros incansables.

Millones de personas comienzan a moverse de un lado a otro dejando las áreas rurales y los pueblos pequeños para seguir las luces de la ciudad, para irse a la gran ciudad, causando así un crecimiento patológico. Tomemos el caso de un país en el cual todo esto es tal vez mejor ejemplificado: los Estados Unidos de Norteamérica. Los sociólogos están estudiando el problema de la "megápolis". La palabra "metrópolis" ya no es suficientemente grande, de ahí que sea necesaria la palabra "megápolis". Ellos hablan acerca de la polarización de la población de los Estados Unidos en tres inmensas áreas megalopolitanas: una que se extiende desde Boston hasta Washington, un área construida en forma continua con sesenta millones de habitantes; otra alrededor de Chicago, con otros sesenta millones, y otra en la costa oeste, desde San Francisco hasta San Diego, también construida sin solución de continuidad, con otros sesenta millones de personas; el resto del país quedaría prácticamente vacío, las poblaciones provinciales desiertas y la tierra cultivada con grandes tractores, cosechadoras e inmensas cantidades de productos químicos.

Si ésta es la concepción de alguien con respecto al futuro de los Estados Unidos de Norteamérica es difícilmente un futuro que valga la pena alcanzar. Pero nos guste o no, éste es el resultado de la transformación de la gente en viajeros incansables, es el resultado de esa maravillosa movilidad de la mano de obra tan querida por los economistas por encima de cualquier otra cosa.

Todo en el mundo tiene que tener una *estructura*, de otra manera es un caos. Antes del advenimiento del transporte y de las comunicaciones de masas, la estructura estaba simplemente allí porque la gente era relativamente inmóvil. La gente que deseaba moverse lo hacía; podemos dar como ejemplo las oleadas de santos que desde Irlanda se desplazaban por

toda Europa. Había comunicaciones, había movilidad, pero no un movimiento incansable. Ahora una gran parte de la estructura se ha desmoronado y un país es como si fuera un barco de carga en el cual la estabilidad no estuviese asegurada. Toda la carga se desliza, el barco se bambolea y, finalmente, se va a pique.

Uno de los principales elementos estructurales para toda la humanidad es, por supuesto, el *estado*. A su vez, uno de los elementos principales o instrumentos de estructuración (si puedo usar ese término), son las *fronteras*, las fronteras nacionales. Ahora bien, antes de que esta intervención tecnológica tuviese lugar, la relevancia de las fronteras era casi exclusivamente política y dinástica: las fronteras eran las delimitaciones del poder político y ayudaban a determinar con cuánta gente podría contarse en caso de guerra. Los economistas lucharon en contra de la posibilidad de que esas fronteras se convirtiesen en barreras económicas (de aquí la ideología del comercio libre). Pero entonces la gente y las cosas no tenían tanta libertad de movimiento, el transporte era suficientemente costoso como para que los movimientos de la gente y de las mercancías no fueran nunca más que marginales. El comercio en la era preindustrial no era un comercio de productos esenciales, sino un comercio en piedras preciosas, metales preciosos, mercancías suntuarias, especias y, desgraciadamente, esclavos. Los elementos básicos de la vida tuvieron, por supuesto, que ser producidos en forma local. Y el movimiento de las personas, excepto en los períodos de desastre, se limitaba a aquellos que tenían una razón muy especial para desplazarse, tales como los santos irlandeses o los escolásticos de la Universidad de París.

Pero ahora todas las cosas y todo el mundo se desplaza. Todas las estructuras están amenazadas y todas las estructuras son *vulnerables* como nunca antes lo habían sido.

La economía, contrariamente a lo que Lord Keynes había esperado cuando sugería que iba a llegar a ser una ocupación tan modesta como la odontología, sorprendentemente se transforma en el más importante de todos los temas. La política económica absorbe casi totalmente la atención del Gobierno y al mismo tiempo es cada vez más ineficaz. Las cosas más simples que hace unos cincuenta años se podían hacer sin ninguna dificultad, ya no se pueden conseguir. Cuanto más rica es la sociedad resulta más imposible hacer cosas que valgan la pena sin un pago inmediato. La economía se ha transformado en una cosa tan esclavizante que absorbe casi totalmente la política exterior. La gente dice entonces: "Por supuesto, a nosotros no nos gusta tratar con esa gente, pero como dependemos de ellos económicamente hay que complacerles". Tiende a absorber totalmente la

ética y a tener prioridad sobre toda otra consideración humana. Convenimos en que esto es un hecho patológico que tiene, obviamente, muchas raíces, pero una de las raíces más evidentes son los grandes logros de la tecnología moderna en el campo del transporte y de las comunicaciones.

Mientras que la gente, con un tipo de lógica superficial, cree que tras los transportes rápidos y las comunicaciones instantáneas se abre una nueva dimensión de libertad (que en cierto modo es verdad en relación con aspectos triviales), pasan por alto el hecho de que esos logros también tienden a destruir la libertad, convirtiendo todas las cosas en algo *extremadamente vulnerable e inseguro*, salvo que se adopten políticas y medidas conscientes para mitigar los efectos destructivos de esos avances tecnológicos.

Ahora bien, esos efectos destructivos son obviamente más severos en los países *grandes* porque, tal como hemos visto, las fronteras producen "estructura" y es una decisión mucho más seria para cualquiera cruzar una frontera, desarraigarse de su tierra nativa y tratar de arraigarse en otra tierra. Esa decisión es mucho más importante que la de moverse dentro de su propio país. El factor movilidad es, entonces, tanto más problemático cuanto más grande es el país. Sus efectos destructivos pueden encontrarse tanto en los países ricos como en los pobres. En los países ricos tales como los Estados Unidos de Norteamérica produce "megápolis", como ya hemos dicho. También agudiza el problema de los "marginados", de aquella gente que, habiéndose convertido en errantes, en ninguna parte pueden encontrar un lugar en la sociedad. Directamente relacionado con esto se produce un espantoso problema de delincuencia, alienación, tensión y descomposición social, que llega a afectar hasta el nivel familiar. En los países pobres, en mayor medida que en los ricos, se produce una migración en masa a las ciudades, desempleo masivo y, al quedar desiertas las áreas rurales, la amenaza del hambre. El resultado es una "sociedad dual" sin ninguna cohesión interna, sujeta a un máximo de inestabilidad política.

Como ejemplo, permítaseme tomar el caso de Perú. La capital, Lima, situada en la costa del Pacífico, tenía una población de 175.000 habitantes a principios de 1920, hace sólo medio siglo. Su población ahora se aproxima a los tres millones. La que antes era una hermosa ciudad colonial española está ahora infestada de chabolas, rodeada por un cinturón de miseria que se extiende hacia los Andes. Y esto no es todo. La gente sigue llegando de las zonas rurales en un número de mil por día, sin que nadie sepa qué hacer con ellos. La estructura vital, social o psicológica, se ha destruido; la gente se moviliza y llega a la capital a razón de mil personas por día ocupando la tierra que queda libre, para construir sus casu-

chas de barro y encontrar un empleo, mientras la policía intenta expulsarlos. *Y nadie sabe qué hacer con ellos*. Nadie sabe cómo parar la corriente.

Imaginemos que en 1864 Bismarck hubiese anexionado la totalidad de Dinamarca en lugar de sólo una pequeña parte de ella, y que nada hubiese sucedido desde entonces. Los daneses serían una **minoría en Alemania**, tal vez luchando por mantener su lenguaje convirtiéndose en bilingües, siendo el lenguaje oficial el alemán por supuesto. Sólo a través de su germanización podrían evitar el convertirse en ciudadanos de segunda clase. Habría una irresistible corriente de los más ambiciosos y emprendedores daneses, convenientemente germanizados, hacia los territorios del sur, y ¿cuál sería entonces la situación de Copenhague? El de una remota ciudad provincial. O imaginemos Bélgica como parte de Francia. ¿Cuál sería la situación de Bruselas? El de una ciudad provincial sin ninguna importancia. No tengo que extenderme más sobre esto. Imaginemos ahora que Dinamarca como una parte de Alemania y Bélgica como una parte de Francia, de repente se transformarían en lo que tan pintorescamente se llama hoy "nats" *, desecando la independencia. Habría interminables discusiones, acalorados argumentos sobre que esos "no estados" no podrían ser económicamente viables, que su deseo de independencia era, para citar a un comentarista político famoso, "emotividad adolescente, ingenuidad política, economía artificial y un descarado oportunismo".

¿Cómo puede uno hablar acerca de la economía de pequeños países independientes? ¿Cómo puede uno discutir un problema que no existe? No existe el problema de la viabilidad de estados o de naciones, solamente hay un problema y es la viabilidad de la gente; la gente, personas concretas como usted y como yo, es viable cuando pueden sostenerse sobre sus propios pies y ganar su propio sustento. No se puede transformar gente no viable en gente viable con sólo poner un gran número de ellos en una gran comunidad, y tampoco se hace gente viable de gente no viable por el solo hecho de subdividir una comunidad grande en un número determinado de comunidades más pequeñas, más íntimas, grupos más coherentes y más fáciles de organizar. Todo esto es perfectamente obvio y no hay absolutamente nada que decir en contra. Alguna gente pregunta: "¿Qué sucede cuando un país, compuesto de una provincia rica y varias provincias pobres, se viene abajo porque la provincia rica se separa?" Probablemente la respuesta es: "Nada importante sucede". La rica continuará siendo rica y las pobres continuarán siendo pobres. "Pero, ¿qué pasa si antes de la separa-

ción la provincia rica había ayudado a las pobres, qué sucede entonces?" Pues bien, por supuesto, la ayuda terminaría. Pero los ricos raramente ayudan a los pobres, más a menudo los explotan. Ellos pueden hacerlo, no tanto directamente, sino a través de las relaciones de intercambio. También puede oscurecerse un poco la situación por medio de una redistribución de los impuestos o una pequeña caridad, pero la última cosa que ellos desearían hacer es separarse de los pobres.

El caso normal es bastante diferente, es decir, que las provincias pobres son las que desean separarse de las ricas y que las ricas desean mantenerlas porque saben perfectamente bien que la explotación de los pobres dentro de las propias fronteras es infinitamente más fácil que la explotación de los pobres fuera de ellas. Ahora bien, ¿qué actitud deberíamos tomar si una provincia pobre desea separarse a riesgo de perder algunas ayudas?

No es que nosotros debamos decidir esto, pero ¿qué es lo que debemos pensar acerca de ello? ¿No es aquél un deseo que debemos aplaudir y respetar? ¿No deseamos acaso que la gente esté sobre sus propios pies, como hombres libres y seguros de sí mismos? Así que éste no es un "problema". Yo afirmaría entonces que no existe ningún problema de viabilidad, como toda experiencia demuestra. Si un país desea exportar a todo el mundo e importar desde todo el mundo, jamás se ha aceptado que deba anexionarse a todo el mundo para realizar aquellos objetivos.

¿Qué ocurre con la absoluta necesidad de tener un gran mercado interno? Eso también es una ilusión óptica, si el significado de "grande" es concebido en términos de límites políticos. No es necesario decir que un mercado próspero es mejor que uno pobre, pero es lo mismo que el mercado esté fuera de los límites políticos o dentro de ellos. Yo no estoy convencido, por ejemplo, de que si Alemania deseara exportar un gran número de Volkswagens a los Estados Unidos de Norteamérica, un mercado muy próspero por cierto, sólo podría hacerlo después de anexionarse a los Estados Unidos. Pero es una cosa muy distinta si una comunidad o una provincia pobre se encuentra atada políticamente o regida por una comunidad o provincia rica. ¿Por qué? Porque en una sociedad móvil, cambiante, la ley del desequilibrio es infinitamente más fuerte que la llamada ley del equilibrio. Nada tiene más éxito que el éxito, y nada paraliza tanto como el estancamiento. La provincia próspera absorbe la vida de la provincia pobre sin ninguna protección contra los fuertes. Los débiles no tienen ninguna alternativa, o permanecen débiles o tienen que emigrar y unirse a los fuertes, de ninguna manera pueden ayudarse efectivamente a sí mismos.

* N. del T.: "Nats", abreviación de "Nationalists = nacionalistas".

glo XX es la distribución geográfica de la población, la cuestión del "regionalismo". Pero regionalismo no en el sentido de combinar muchos estados en sistemas de libre comercio, sino en el sentido opuesto de desarrollar todas las regiones dentro de cada país. Este, de hecho, es el tema más importante en la agenda de todo país grande hoy por hoy. Y mucho del nacionalismo contemporáneo de las pequeñas naciones y de su deseo de autogobierno e independencia es simplemente una respuesta lógica y racional a la necesidad de un desarrollo regional. En los países pobres en particular no hay esperanza, a menos que exista un desarrollo regional eficaz, un desarrollo fuera de la capital que alcance todas las zonas rurales donde viva gente.

Si este esfuerzo no se realiza, la única alternativa que queda es permanecer en el miserable estado en que se encuentran o emigrar a la gran ciudad, donde su condición será más miserable aún. Es un fenómeno extraño que la sabiduría convencional de la economía contemporánea no pueda hacer nada para ayudar al pobre.

Invariablymente se demuestra que sólo son viables aquellas políticas que tienen como resultado el hacer que aquellos que ya son ricos y poderosos sean más ricos y más poderosos todavía. Se demuestra también que un desarrollo industrial solamente rinde beneficios si está cerca de la capital o de otra ciudad importante, pero no en las áreas rurales. Se prueba también que los proyectos a gran escala son invariablymente más económicos que los pequeños y que los proyectos intensivos en capital son invariablymente preferibles a aquellos en los que predomina la mano de obra. El cálculo económico, tal como es aplicado por la economía contemporánea, fuerza al industrial a eliminar el factor humano porque las máquinas no se equivocan como la gente. De aquí el enorme esfuerzo por automatizar y la tendencia hacia unidades de producción cada vez más grandes. Esto significa que aquellos que no tienen otra cosa que vender que su propia fuerza de trabajo, tienen muy poco poder de negociación. La sabiduría convencional de lo que ahora se enseña como economía pasa por encima de los pobres, precisamente aquellos que necesitan el desarrollo. La economía del gigantismo y de la automatización es un remanente de las condiciones y del pensamiento del siglo XIX, totalmente incapaz de resolver ninguno de los problemas de hoy. Se necesita un sistema totalmente nuevo de pensamiento, un sistema basado en la atención a la gente y no a las mercancías (¡las mercancías se cuidarán de sí mismas!) Podría resumirse en la frase, "producción por las masas en lugar de producción masiva". Lo que fue imposible, sin embargo, en el siglo XIX es posible ahora. Y aquello que fue, si no de forma necesaria sí por lo menos comprensiblemente des-

cuidado en el siglo XIX es muy urgente ahora. Se trata de la consciente utilización de nuestro enorme potencial tecnológico y científico para la lucha contra la miseria y la degradación humana. Una lucha en contacto íntimo con la gente misma, con los individuos, las familias, los grupos pequeños, mejor que los estados y otras abstracciones anónimas. Y todo esto presupone una estructura política y organizativa que pueda dar esta intensidad.

¿Cuál es el significado de democracia, libertad, dignidad humana, nivel de vida, realización personal, plena satisfacción? ¿Es ése un asunto de mercancías o de gente? Por supuesto es un asunto de gente. Pero la gente sólo puede ser realmente gente en grupos suficientemente pequeños. Por lo tanto, debemos aprender a pensar en términos de una estructura articulada que pueda dar cabida a una variada multiplicidad de unidades de pequeña escala. Si el pensamiento económico no puede comprender esto es completamente inútil. Si no puede situarse por encima de sus vastas abstracciones, tales como el ingreso nacional, la tasa de crecimiento, la relación capital/producto, el análisis input-output, la movilidad de la mano de obra y la acumulación de capital; si no puede alzarse por encima de todo esto y tomar contacto con una realidad humana de pobreza, frustración, alienación, desesperación, desmoralización, delincuencia, escapismo, tensión, aglomeración, deformidad y muerte espiritual, dejemos de lado la economía y comencemos de nuevo.

¿Acaso no tenemos ya suficientes "señales de los tiempos" que indican que hace falta volver a empezar?